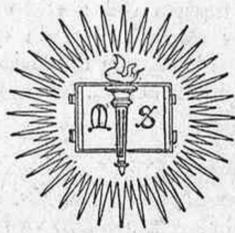


La Ilustración

HEMEROTECA
MUNICIPAL
MADRID



Artística

Año XXVI

BARCELONA 30 DE SEPTIEMBRE DE 1907

Núm. 1.344



RETRATO DEL EMPERADOR CARLOS V, pintado por Tiziano



Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *El hurto de Filomena*. Cuento, por Baldomero Argente. — *El eminente pintor escocés Enrique Raeburn*. — *El jubileo búlgaro*. — *Oficiales del ejército chino en Europa*. — *Barcelona*. — *El globo cautivo*. — *Actualidades barcelonesas*. — *Nuestros grabados artísticos*. — *La reina del prado*, novela ilustrada (continuación). — *Una colonia alemana en el Africa oriental*. — *El Instituto de la garganta de Olen*.

Grabados.—*Retrato del emperador Carlos V*, pintado por Tiziano. — Dibujo de Calderé que ilustra el cuento *El hurto de Filomena*. — *La oración*, escultura de Guillermo Charlier. — *La vida*, cuadro de Iléctor Tito. — *Retrato de Mrs. Simpson*. — *Ronald y Roberto Fergusson*, obras de Enrique Raeburn. — *Sofía (Bulgaria)*. — *Monumento á la memoria del tsar Alejandro III*. — *(Belgrado)*. — *Fiestas del jubileo búlgaro*. — *Los primeros alumnos de las escuelas militares chinas llegados á Europa para perfeccionar su educación militar*. — *Barcelona*. — *Inauguración del globo cautivo*. — *El eminente organista M. Alejandro Guilman*. — *Banquete en el Embarcadero de Viajeros*. — *El actor Novelli y su esposa en la plazoleta del Tibidabo*. — *El más grande de los héroes*, cuadro de B. Shaw. — *Una de las varias escuelas fundadas por los alemanes en el Africa oriental*. — *Ejercicios gimnásticos que los niños indígenas ejecutan*. — *Enseñanza práctica de agricultura*. — *La escuela al aire libre*. — *El Instituto de la garganta de Olen*.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: partidas de insurrectos: la fiebre amarilla: la discordia política: la verdadera independencia. — *República Dominicana:* el convenio con los Estados Unidos: el empréstito. — El conflicto centroamericano: las declaraciones del general Porfirio Díaz: los pacificadores y las conferencias de la paz: situación interior: la normalidad constitucional en *Honduras*. — *Colombia:* amnistía: primas á la exportación. — *Perú:* el mensaje del presidente: la industria minera: reorganización militar: la cuestión de Tacna y Arica.

Cuba sigue poco más ó menos como estaba en los primeros meses de este año. Huelgas en las ciudades, partidas armadas en los campos, los políticos sin entenderse, la fiebre amarilla ganando terreno, y Magoon, el gobernador yanqui, diciendo que todo va muy bien.

La guardia rural persigue sin tregua á las bandas armadas que merodean por los campos. Son de escasa importancia; pero cuando una se dispersa surgen otra y otras, casi todas en las provincias de Oriente, Santa Clara y Pinar del Río. El motivo ó pretexto de los que se alzan en armas es la odiada intervención yanqui. Los negros de Pinar del Río organizan un partido independiente, y su jefe, un tal Ovidio ú Ovideo, hace saber á Roosevelt, por un memorial, que los negros de Cuba han contribuído, lo mismo ó más que los blancos, á la independencia de la isla..., mejor dicho, al protectorado y predominio de los yanquis en ella. Se consideran, pues, con perfecto derecho á tomar parte en la administración pública.

La fiebre amarilla causa víctimas en Cienfuegos, en Matanzas y en otras ciudades, y no se libran de ella los soldados yanquis. Ultimamente hubo casos en la Habana y en sus inmediaciones. El servicio sanitario extrema las medidas de rigor contra el terrible mosquito.

Magoon, en el último informe que ha dirigido á su gobierno, se fija especialmente en la situación financiera y económica. Las rivalidades políticas y los odios de raza van separando más de día en día á los cubanos, el vómito negro se extiende, los huelguistas crean dificultades y paralizan industrias importantes; pero, en cambio, bajo la administración de Magoon los ingresos exceden á los gastos y la cosecha próxima promete grandes rendimientos.

Estas promesas y aquellos excedentes no seducen ni entusiasman á los cubanos; blancos y negros expresan en toda ocasión y en todos los tonos su disgusto. Querían libertad, independencia, sin someterse á tuteladas extrañas, y no lo pueden conseguir. La falta de acuerdo entre ellos es la causa principal, la única, de la triste situación en que se encuentran. Recordábalos no ha mucho un gran patriota, un ilustre orador cubano, con motivo de las solemnidades con que se celebró la inauguración del Palacio de la Asociación de Dependientes, de la Habana.

En aquellos actos y festejos se oyó la voz elocuente de D. Rafael Fernández de Castro que pedía unión y concordia entre todos los cubanos, y entre éstos y los miles y miles de españoles que allí residen, como único medio de que pueda existir y consolidarse esa Cuba libre y próspera á la que tanto daño hicieron—son palabras del Sr. Fernández de Castro—los cubanos que por locas impacencias ó por codicias de lucro personal entorpecieron la obra progresiva del

honrado partido autonomista, que iba en busca de la independencia verdadera por el camino más firme y más seguro, sin necesidad de romper con la madre patria.

Justo será consignar, por nuestra parte, que tanta culpa como esos impacientes ó codiciosos cubanos tuvieron en el fracaso del partido autonomista los ineptos políticos de la península que no lograron darse cuenta, ó se la dieron demasiado tarde, del estado de la opinión en la isla.

* *

El 24 de junio último firmó Mr. Roosevelt el tratado del 8 de febrero, aprobado ya por el Senado de los Estados Unidos y por la legislatura dominicana.

Los funcionarios yanquis encargados de las Aduanas siguen recaudando y distribuyen los caudales de la República de Santo Domingo y buena parte de ellos va á Nueva York, á disposición de los acreedores de la hacienda dominicana. Falta realizar la operación del empréstito de los 20 millones de pesos. El presidente ha convocado el Congreso á sesión extraordinaria, que debe haberse abierto el 10 del corriente mes, para resolver sobre la solicitud de una Compañía de Nueva York que aspira á encargarse de la emisión. Es la segunda proposición que hace, pues la primera fué desechada por el Congreso dominicano.

Entre tanto, no acaba de restablecerse la tranquilidad en la República. El convenio con los Estados Unidos es un motivo ó pretexto más que aprovechan los émulos del actual presidente, y suenan los nombres de Mota y de Rosa como caudillos de intentonas revolucionarias. El gobierno procura reorganizar el ejército y pide instructores á Alemania.

* *

El conflicto centroamericano parece que toca á su fin, gracias á los buenos oficios del presidente de la Unión norteamericana y del de los Estados Unidos mexicanos.

La actitud del general Porfirio Díaz llegó á inspirar cierto recelo en algunos de los gobernantes de Centro América. El *Diario oficial* de El Salvador, aludiendo á la intentona unionista encabezada por el presidente de Nicaragua, daba á entender que hubo allí rumores de que el presidente de México simpatizaba con los propósitos de aquél. Después ha circulado por los centros diplomáticos de Europa y América un verdadero ó supuesto mensaje al Congreso internacional de La Haya en el que, á nombre de un «Comité para la defensa de la libertad de Guatemala,» se pinta con los más negros colores la anarquía que reina en Centro América y se pide que México «se reconozca en la obligación de intervenir en esos desgraciados países para reponer la libertad y para implantar la tranquilidad en la América central,» afirmando, por último, que la Asamblea reunida en La Haya con el fin de obtener la paz universal, tiene también el deber de encargar á México de esta tarea de civilización y de paz.

El citado *Diario* de El Salvador nos hace saber que, interrogado por el ministro de esa República en México, el Sr. Díaz declaró que «vería con agrado la unión de las cinco Repúblicas de Centro América, pero haciéndola surgir del terreno de la diplomacia, por los medios pacíficos y civilizados de la paz y del convencimiento; mas de ninguna manera acudiendo al enojoso y gastado expediente de la fuerza. Manifestó sus simpatías por todos esos países, y rechazó energicamente la especie que ha corrido, como muy válida, en la prensa universal, de que el general señor Díaz, no solamente vería con buenos ojos un movimiento militar encaminado á unificar las hoy disgregadas secciones del Istmo, sino que llevaría sus simpatías hasta á dispensar su protección á los promotores de un movimiento de tal naturaleza. Añadió que sería falta de cordura de su parte el hecho solo de mostrar tales simpatías por aventuras políticas en asuntos centroamericanos de la índole del que acaba de fracasar en Sonsonate.

El general D. Porfirio Díaz, pues, ni pretende ni aceptaría acción para imponer por medios de fuerza la unidad en la América Central. Acepta, sí, el papel de pacificador de acuerdo con Mr. Roosevelt. Así lo dijo también en el breve discurso con que contestó al del nuevo ministro de Nicaragua en México. Sin ejercer el menor apremio ni violencia, se asocia á Roosevelt para promover la paz en esos países: este es su propósito y esta será su línea de conducta en lo porvenir; procurar, siempre con el libre consentimiento de los interesados, que la paz sea sólida y duradera.

Consecuencia de esos nobles propósitos son los

telegramas y comunicaciones que á fines de agosto dirigieron Díaz y Roosevelt á los presidentes de las Repúblicas centroamericanas, participándoles que estaban dispuestos á cooperar en la causa de la paz y de la humanidad, mediante una amistosa conferencia con representantes de aquéllas. Todas han aceptado la invitación, y ya se ha celebrado en Washington una reunión preliminar ó preparatoria á que han concurrido los ministros de las Repúblicas centroamericanas en dicha capital, convocados por el subsecretario de Asuntos extranjeros.

Queda ya, pues, garantida la paz, pues no es de suponer que ninguno de los gobiernos la quebrante en la actual situación; el acto de someterse á la especie de arbitraje que significa la Conferencia, por todos aceptada, es un compromiso de honor que obliga, por lo menos, á permanecer arma al brazo.

En lo que al orden interior se refiere, también parece que se normalizan las cosas. El presidente de Guatemala indulta y abre las cárceles á muchos de los presos políticos. Se anuncian elecciones para restablecer el estado constitucional en Honduras; son candidatos para la presidencia y vicepresidencia, respectivamente, los generales y abogados Sres. Dávila y Gutiérrez. Nótase reacción en favor del general Bonilla, que tantos y tan buenos servicios prestó á la República, y no sería extraño que sus amigos le presentaran para la presidencia. Dícese, sin embargo, que Bonilla se muestra muy dolido de la ingratitud ó torpeza de los políticos hondureños en quienes confió para regenerar el país, y que no se halla dispuesto á volver al poder.

* *

Entre los últimos decretos del gobierno colombiano, hay dos que merecen especial mención.

El 20 de julio, aniversario de la Independencia, el presidente otorgó amnistía á todos los que sufrían condena por delitos de conspiración ó tentativa revolucionaria. La tolerancia y el buen sentido ganan terreno entre aquellos apasionados políticos á quienes largos años de guerra civil habían hecho poco menos que irreconciliables; los odios de partido y las animosidades personales ceden ante el interés común nacional.

Estimular por todos los medios posibles el desarrollo de los cultivos en aquel extenso y feracísimo suelo y fomentar así la riqueza pública, es uno de los fines que con mayor empeño persigue el general Reyes. A este propósito obedece el decreto por virtud del que se conceden primas á los exportadores de productos de la tierra. A los cosecheros de tabaco, algodón y café se les abona un peso oro por cada quintal que exporten; á los de caucho, cuatro pesos por quintal. La prima se pagará hasta 1910 y 1914, respectivamente.

* *

Fecha 28 de julio tiene el Mensaje presentado al Congreso ordinario de 1907 por el presidente de la República del Perú. Refiérese al año tercero del gobierno del Sr. Pardo, año fecundo para el país, porque se han alcanzado nuevos y positivos progresos en el funcionamiento de las instituciones y en el desarrollo de las fuentes de la riqueza pública y privada.

La industria minera se señala especialmente por su extraordinario desenvolvimiento. En tres años, de 1903 á 1906, ha duplicado el valor de la producción, que en 1906 fué de 2.610.574 libras. Día á día aumentan las denuncias de pertenencias mineras y se van creando nuevas empresas con capital nacional y extranjero. Hoy la minería no tiene más obstáculo que la dificultad de los transportes, obstáculo que el Estado procura salvar construyendo ó promoviendo la construcción de ferrocarriles.

Otra fase del engrandecimiento del Perú es la reconstitución de su Ejército y su Marina. Las maniobras que se hicieron de noviembre á diciembre de 1906 en el departamento de Junín vinieron á resolver muy satisfactoriamente el difícil problema de la organización de las reservas y de su movilización. Se van á reorganizar las fuerzas de gendarmería con un efectivo total de 2.250 jinetes, que en caso necesario constituirán buen refuerzo para la defensa del país. El 10 de agosto entraron en el puerto del Callao los nuevos cruceros *Almirante Grau* y *Coronel Bolognesi*.

La cuestión referente á la nacionalidad definitiva de las provincias de Tacna y Arica continúa siendo objeto de los anhelos del gobierno y de la nación entera. Ya va siendo hora de resolver tan enojoso asunto, viniendo Chile y el Perú á un acuerdo sobre la base de lo establecido por el tratado de paz de 20 de octubre de 1883.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... mientras la reo se instaló tímidamente en el banquillo, dando frente al tribunal...

EL HURTO DE FILOMENA

CUENTO

Sonada la una, los magistrados comenzaron a vestirse la toga con apresuramiento, mientras apuraban sendas colillas. Un galoneado ugier atendía con preferencia al más viejo, presidente del tribunal, que, despojado de su levita, forcejeaba angustiosamente por encapillar los brazos en las mangas en la vestimenta de juzgador. Sus compañeros, más ágiles, acabaron antes de anudarse a la cintura los lazos toguales. Minutos después, calándose el birrete, se dirigieron todos a la sala contigua, donde se alzaba sobre una plataforma el rojo estrado. Una baranda de madera ponía confines en el promedio del salón a los aún desiertos dominios del público. En el testero principal, un dosel ribeteado con deslucidos galones de *doublé* cobijaba el retrato del rey y la venerable calva del anciano presidente.

—Avisen al señor fiscal y al Colegio de Abogados, ordenó aquél dirigiéndose al portero de servicio.

Y volviéndose hacia sus compañeros reanudó la conversación interrumpida al sonar la hora de audiencia.

—Dentro de dos meses completo los treinta y cinco años de servicio; ¿para qué quiero aguardar más? Si mientras tanto hay una vacante en el Supremo, me ascenderán probablemente. Si no, me jubilo. Con los cuatro quintos de sueldo y la renta de unas tierrecillas, juntaré..., juntaré...

Y mirando al techo buscaba inspiración para hacer una suma difícil. Los otros dos le interrumpieron asintiendo. Uno de ellos, alto y cetrino, gesticulaba con exaltación reprochando la tacañería del Estado, cuyas exiguas remuneraciones no bastan a los funcionarios para sostener su debido rango social. Discutíase con inesperada vehemencia el proyecto del ministro elevando los sueldos, y se razonaba prolijamente sobre las probabilidades de éxito de esta feliz iniciativa. Enfrascados en la plática dejaron transcurrir media hora. Llegó el fiscal; a poco el defensor.

—Que entre la procesada. Dé usted la voz de «audiencia pública.»

Los espectadores habituales en los juicios de corta importancia se desparramaron por los asientos con un rumor de colmena, mientras la reo, franqueando la valla, se instaló tímidamente en el angosto banquillo, dando frente al tribunal. Era una mujer de unos treinta y cinco años, mísera y escuálida, vestida con falda y manto negros y humildes. El semblante descolorido y desencajado tenía rigideces de calentura. Bajo el cerquillo del manto se abrían, como dos violetas aterciopeladas, unos ojos extraños, fosforescentes, donde parecía refugiarse todo el calor vital de aquel cuerpo exangüe. Una agitación temblorosa sacudía sus nervios.

—Dése cuenta.

El relator masculló unas palabras ininteligibles.

Ritualmente, daba lectura a los escritos de la acusación y la defensa. La procesada atendía sin comprender, abarcando la escena con miradas de susto.

—¿Cómo se llama usted?, interrogó el presidente.

—Filomena López, contestó con voz apagada.

—¿Se confiesa usted autora del delito de hurto que se le imputa?, añadió el primero con celeridad maquinal reveladora del formulario.

—Sí, señor, replicó acentuando su respuesta con un gesto impenitente.

—El señor fiscal, repuso el magistrado otorgando su permiso a la acusación.

Arrellanándose en la poltrona, y requiriendo papel y pluma, comenzó a hacer números; decididamente, la suma de su jubilación con la renta de las tierrecillas le interesaba, y se abstraía en las operaciones aritméticas, mientras fiscal y procesada mantenían su diálogo.

No necesitaba el acusador esforzarse mucho. Un guarda, cuyo testimonio nadie había desvirtuado, deponía concretamente en las diligencias sumariales, precisando todos los pormenores del hurto. Filomena tampoco negó. Preguntada por el representante de la ley, empezó la confesión de su culpa, una confesión contrita y humilde relatada con voz trémula y dulce; sus palabras resonaban con sumisas inflexiones de suavidad sonambulesca, semejantes a mariposas que aletearan temblando en el ambiente dormido de un jardín de ensueño.

—Fué este verano, señor. Aquella tarde, como todas, acudí a rezar en la sepultura de mi pobre Luisa. Luisa, señor, era mi hija, un ángel, una flor, una azucena. Lo único que yo tenía en el mundo...

Un sollozo entrecortó sus palabras; por su garganta ascendía un tropel de gemidos. El presidente alzó la cabeza, y frunciendo el ceño, miró alternativamente, con expresiva severidad, al fiscal y a la procesada. Entendió aquél el aviso é intimó, breve y adusto, a la declarante:

—Cuente el hecho lisa y llanamente y procure abreviar.

Filomena retuvo la amenazadora pleamar de sus lágrimas, y reanudó el relato bajo la impaciente mirada del fiscal y los furtivos bostezos del magistrado de los gestos. El defensor, nombrado de oficio y sin probabilidades de salir airoso, por la ingenua sinceridad de la culpable, miraba de tiempo en tiempo al tribunal, excusándose mudamente, con elocuentes ojos, por las dilaciones de su defendida. Y de los labios de ésta siguió fluyendo rítmica y ya clara, como en el recitado de un sueño, la confesión de su delito en aquella noche de verano en que infringió las leyes de los hombres hasta merecer su puesto en el banquillo.

* * *

Luisa dormía en aquella sepultura desde mayo. Una mañana primaveral la encerraron en una caja

blanca y se la llevaron. Tres años, años de privaciones y de trabajo agotador con que Filomena había procurado allegar recursos para vivificar a aquella niñita de diez años, anémica y resignada, como un cautivo ruiseñor nostálgico, fueron vanos sacrificios. Sin dolor, sin agonía, una tarde, a la hora sagrada del crepúsculo, se extinguió como una llamita azul. Su pasión eran las flores. Filomena reservaba horas de trabajo para destinar su fruto exclusivamente a comprar a su nena varas de nardos de cálices argentinos y olorosos, blancos jazmines, fragantes rosas de Alejandría. Y escondido el frágil cuerpo de Luisa entre flores, la llevaron a la tierra.

Filomena vendió su modesto ajuar; redujo a dinero las alhajas libradas en el naufragio de su viudez: unas ajorcas de oro, unos zarcillos heredados de su madre, una sortija con un rubí sangriento. Compró la sepultura a perpetuidad. Y todos los días, al atardecer, cuando la ciudad se henchía con los ruidos de la multitud, Filomena se internaba en las desiertas calles del cementerio para rezar junto a su Luisa.

Vivía para ésta. Durante las horas del trabajo, su pensamiento revoloteaba en torno de la piedra lúgubre interpuesta entre los dos corazones. En el cementerio imaginaba que su hija sonreía dulcemente al recibir la visita cotidiana y que un efluvio sereno rozaba sus párpados como una bendición de ultratumba. En los tristes días de llovizna, adivinaba tras el laude el calofrío de humedad punzando las carnes de su nena, y entreveía al través de los quiméricos cendales de su espíritu el gesto huraño del pobre cuerpo arrecido y calado por la filtración de la lluvia. De alma a alma se establecía un coloquio, diálogo de emanaciones cordiales que traspasaban las paredes del sepulcro y reponían aquellos dos seres a la dulce intimidad rota en una mañana de mayo por la sombra inexorable de la muerte.

Aquella tarde, el rezo se prolongó. Las tenues palpitaciones de la luz agonizante poblaban de misterio el umbral de la noche, cuando Filomena se dispuso a partir. Habían cerrado ya. Arrodillada é inmóvil junto a la tumba, acaso el guardián la confundió al hacer la última requisa con uno de esos ángeles melancólicos y estatuarios que la piedad adinerada da por perennes compañeros a los difuntos. Tornó a su oración.

En la soledad silenciosa del cementerio, comenzaron a alzarse las mil vibraciones nocturnas deladoras de la invisible gestación de la vida en las entrañas de la tierra.

Una cigarra encomendó a sus élitros la áspera canción de sus amores. Oculto en las frondosidades de un olmo centenario, el cuclillo lanzaba en las sombras de la noche su quejumbroso grito, las luciérnagas salpicaron la obscuridad de chispas rutilantes. La brisa trajo de las lontananzas el tilinteo caprichoso de algunas esquilas. Suaves soplos agitaban con blanco susurro las ramas de los árboles y las balanceaban

tenuemente, como brazos de atlantes hechizados. Una inmensa paz adormecía la serenidad de la noche, tachonada. Sobre el horizonte, la luna plena asomó el disco pálido, derramando la suavidad de su luz tersa sobre el augusto remoso del camposanto.

Entonces comenzó la nocturna sinfonía de los aromas y las plantas. Por todo el ámbito se esparcieron los perfumes presos durante el día en los cálices de las flores alimentadas con el jugo de los muertos. Las azulinas campestres, diseminadas por las veredas y los rincones sepulcrales, irguieron sus tallos; los heliotropos, tímidos y sutiles; las rústicas malvarrosas y los lirios de corolas inmaculadas, exhalaban sus espíritus de aroma, buscándose en la penumbra para cuchichear los secretos de la vida floreal. Filomena sintió llegar hasta ella la onda de embriaguez perfumada. Y le asaltó de improviso la visión de la nena que desde el fondo de su cárcel oscura le dirigía un reproche. Ella, la dulce enamorada de las flores, sus almas gemelas, no tenía flores; junto a su tumba no crecían las bellas plantas en cuyos vástagos cristalizan el color y la fragancia como besos y sonrisas de una pasión pura. Filomena miró en derredor; más allá, un jazmín enroscado al tronco de un ciprés inclinaba sus ramas péndulas, cubiertas de blancas campanillas, hacia un sepulcro musgoso; en el circuito de un mausoleo se esponjaba un rosal luciendo sus rojizas coronaciones a la plateada claridad lunar.

Eran las flores de Luisa, sus flores predilectas. Desde sus tallos invitaban a Filomena amorosamente para que satisficiera su ansia maternal. Voces misteriosas le traían una petición anhelante de su Luisa. Por el aire, calmoso ya y tranquilo, cruzaban esas palabras confusas e indescifrables, gemidos y lamentos que llegan no se sabe de dónde, acaso de muy cerca, tal vez de muy lejos, y vagan trémulas por la extensión solitaria del espacio hasta desvanecerse en el infinito. ¿Eran reproches, sollozos y quejas de su ángel dormido para siempre? ¿Le pedían algo? Filomena cortó en el jazmín todas las flores; despojó al rosal de todas sus rosas, y llena de unción las depositó como una ofrenda mística sobre la tumba de su nena. Prosternada, lloró mansamente.



La oración, escultura de Guillermo Charlier

Aquella noche, bajo las negras vestiduras, sintió su corazón un latido feliz.

La ronda matinal deparó al guarda fúnebre una sorpresa. Sus ojos expertos apreciaron prontamente los destrozos hechos por un merodeador de flores en los macizos que los deudos de algunos difuntos tenían al mercenario cuidado del guarda. Sobre una de

las más modestas sepulturas estaba el cuerpo del delito. Una honrada satisfacción invadió al celoso vigilante cuando detuvo a la audaz delincuente. Detenida e interrogada, confesó de plano.

Ahora en el acto de la vista reprodujo fielmente su confesión.

* *

El fiscal fué breve. Probados los hechos delictivos, no había sino aplicar el correspondiente artículo del Código penal. Un impulso generoso, á que el representante de la ley era muy propenso, le movió á no mencionar las agravantes: nocturnidad y despoblado. Pidió tan sólo dos meses y un día de arresto.

El defensor se conformó con la pena: no había términos hábiles para sacar mejor partido, puesto que la confesión hecha excluía toda probabilidad favorable.

—Visto, pronunció el presidente.

Desfiló el público.

La procesada abandonó el banquillo. Los magistrados no necesitaron deliberar: el hecho carecía de intrínquilis: era un sencillo caso de hurto.

Dieron orden al secretario para que extendiese la sentencia de acuerdo con la petición fiscal.

Terminada la faena del día, se despojaron de la toga con premura. Eran las dos y media. El almuerzo les esperaba.

El presidente dobló cuidadosamente la cuartilla garrapateada de números y se la guardó en la cartera.

—Hasta mañana, señores.

—Buenas tardes y hasta mañana.

* *

El salón quedó solitario de nuevo. Sobre la mesa de estrados, el Crucifijo del juramento extendía sus brazos clementes y misericordiosos. En la silenciosa penumbra parecía que los labios de Cristo, Redentor nuestro, se despegaban pronunciando misteriosas palabras de piedad.

BALDOMERO ARGENTE.

(Dibujo de Calderé.)



La vida, cuadro de Héctor Tito

EL EMINENTE PINTOR ESCOCÉS ENRIQUE RAEBURN (1756-1823)

Digno de ser parangonado con los dos grandes maestros ingleses Gainsborough y Reynolds, de quienes nos hemos ocupado en los números 1.311 y 1.337

ejemplo, en el retrato del general Roberto Fergusson, á quien pintó en traje de caza y en actitud de esperar, escopeta en mano, la pieza, obra que muchos ponen al lado de las del mismo género de Velázquez, y en el de un teniente de las milicias escocesas, vestido con pintoresco uniforme y puesto en medio de un agreste paisaje montañoso.



Retrato de Mrs. Simpson, pintado por Enrique Raeburn

Pero el verdadero estilo de Raeburn no está en esos retratos, sino en aquellos en que pinta al sabio, al elevado funcionario, al sacerdote, sobre un fondo neutro ó á lo sumo sobre un fragmento de paisaje ligeramente bosquejado.

Entre los de este género, además de los dos que en esta página reproducimos, merecen citarse muy especialmente el del reverendo Enrique Wellwood, párroco de San Cuthbert, en el momento de disponerse á predicar, y el del secretario de Estado Juan Gray.

Es muy interesante comparar los retratos femeninos de Raeburn con los de Gainsborough. La diferencia entre unos y otros no está sólo en que Raeburn pintó preferentemente mujeres de edad algo madura y Gainsborough mujeres jóvenes y bellas, sino que en los de aquél el rostro es siempre lo principal, al paso que en los de éste el valor está en el conjunto, resultando como cuadros de género en los que el elemento individual queda relegado en cierto modo á segundo término.

Hay que tener en cuenta que Raeburn vivió casi una generación después que Gainsborough; así, mientras las mujeres pintadas por éste visten el traje *rococó*, con sus huecas faldas de seda y sus grandes sombreros de plumas, la mayoría de las retratadas por aquél visten el sencillo traje imperio, que deja al descubierto brazos y garganta y que por su simplicidad no distraen la atención, sino que permiten que ésta se fije por entero en el rostro.

Contemplando los retratos de Raeburn puede hacerse la experiencia de que un traje nivelador no nivela á las personas; en efecto, cada uno de los retratados lleva escrita, por decirlo así, su condición en su semblante, que, como hemos dicho, constituía la preocupación principal del maestro escocés.

En las obras de Raeburn se nota cierto parecido con las de Rembrandt, Franz Hals y hasta cierto punto también con las del inmortal Velázquez, y sobre todo con las del más clásico pintor francés de la época del Imperio, Jacobo Luis David.

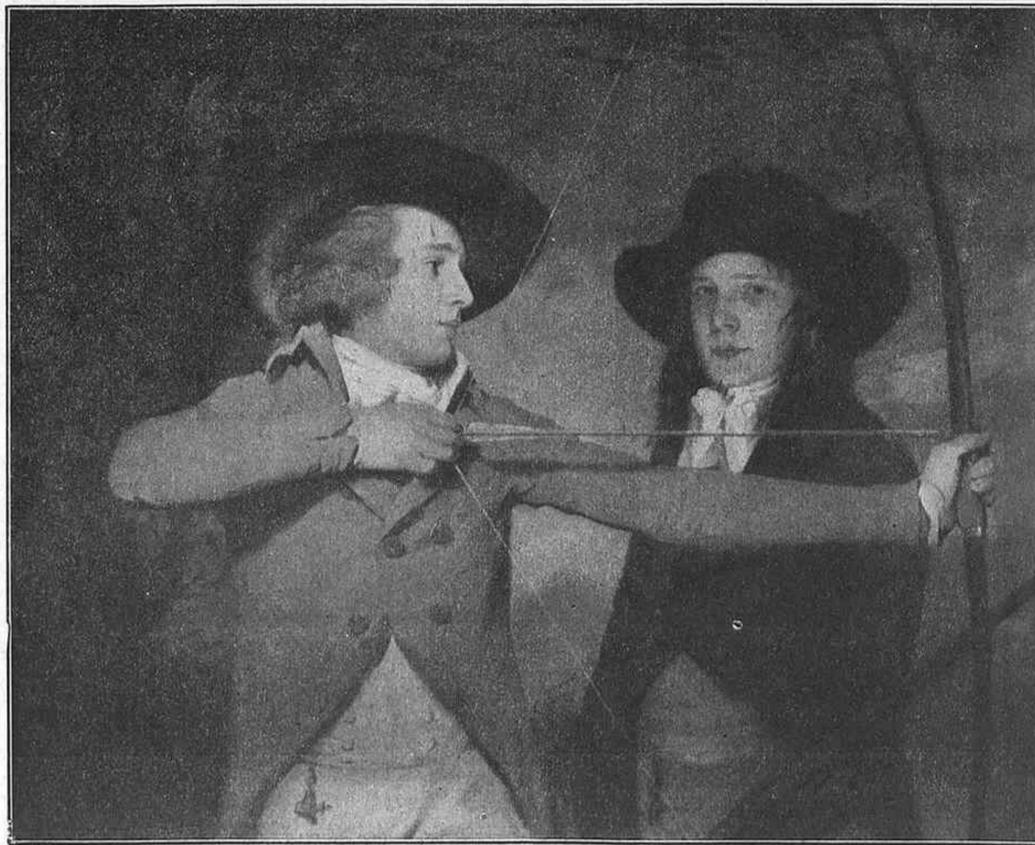
Gainsborough, Reynolds y Raeburn son tres personalidades con carácter enteramente propio y perfectamente marcado en sus respectivas obras. Entre todos ellos hay diferencias marcadísimas que los hacen inconfundibles; pero por encima de estas diferencias existe algo que los une, y es: que los tres son hijos de un mismo país con cultura propia y que en su tiempo, más aún que hoy en día, permaneció aislado de toda influencia extranjera. Así, mientras los artistas de los demás países, no sólo viajaban, sino que además se asimilaban algo ó mucho del arte de otras tierras, esos tres pintores tuvieron el valor de ser ingleses, y no más que ingleses, y solamente así lograron ser clásicos.—S.

de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, es el eminente pintor escocés Enrique Raeburn, nacido en los alrededores de Edimburgo el año 1756.

En aquel entonces, Escocia estaba casi enteramente aislada de Europa, y aun los londinenses visitaban menos aquella isla que el continente, debido á lo cual sus habitantes conservaron por mucho tiempo su carácter propio y los artistas su originalidad. Este carácter y esta originalidad no los perdió Raeburn, que á la edad de veintidós años había hecho un rico matrimonio y gozaba de una posición tan independiente como sus dos antes citados colegas, cuando en 1783 fué á Londres y luego á Italia. Más tarde tuvo ocasión de establecerse ventajosamente en la capital de Inglaterra, pero prefirió quedarse en Edimburgo, en donde le visitó en 1822 Jorge IV, dándole un título nobiliario, y en donde murió en 1823.

En la obra de Raeburn pueden distinguirse dos períodos principales, el anterior y el posterior á 1800. En el primero, el ex miniaturista fué desarrollando cada vez más la amplitud de su estilo hasta llegar á un grado no igualado por nadie; en el segundo, suavizó poco á poco su rudeza y armonizó las superficies y los colores, aunque sin incurrir en el defecto de afeminarse. Quizás la popularidad de que en aquel tiempo gozaban Hoppner y Lawrence le indujo á hacer esas concesiones al gusto dominante en el público.

Raeburn fué principalmente un pintor de cabezas, y como Rembrandt, supo concentrar la luz en el rostro, tratando el resto del cuadro de una manera hasta cierto punto secundaria. Sus retratos no tienen nunca por fondo esos paisajes de fantasía á que tan aficionado fué Gainsborough; y si en muchos de ellos se ve bosquejado algo más que el retrato solo, débese á que el artista consideró necesario ó por lo menos muy conveniente presentar tales elementos accesorios para hacer resaltar más en el lienzo la característica del personaje retratado. Tal sucede, por



Ronald y Roberto Fergusson, retratos pintados por Enrique Raeburn

EL JUBILEO BÚLGARO

La celebración del vigésimo aniversario del reinado del príncipe Fernando de Bulgaria, efectuado en Sofía el día 28 de agosto último, fué una gran gran fiesta nacional.

A las seis y media de la mañana, una salva de 31 cañonazos anunció que el príncipe y sus hijos salían de palacio para dirigirse al Campo de Marte, en donde le esperaban el cuerpo diplomático, los ministros, las autoridades, corporaciones, sociedades militares y una muchedumbre inmensa.

El ministro de la Guerra entregó al príncipe, en nombre del ejército, una medalla conmemorativa de sus veinte años de servicio como general en jefe; después dirigió el cortejo oficial á la capilla del campo en donde se cantó un Te Deum, terminado el cual hubo un brillante desfile en las tropas.

Luego recibió el príncipe las felicitaciones de los miembros de la Sobranié actual, de los individuos sobrevivientes de la Constituyente de Firnovo, que, en 1887, le elevó al trono de Bulgaria, de los veteranos de la legión búlgara que en 1887 combatieron por la independencia del principado, y de dos mil alcaldes representantes de todos los municipios de Bulgaria.

El príncipe Fernando condecoró á gran número de búlgaros y extranjeros, regaló 100.000 francos para el Instituto de los tuberculosos y 10.000 para los



Sofía (Bulgaria).—Monumento erigido á la memoria del tsar Alejandro III, á quien los búlgaros llaman el «Libertador.» (De fotografía de Carlos Trampus.)

estudiantes pobres y publicó un manifiesto declarando que la prosperidad alcanzada por la nación en estos últimos veinte años se debe á las cualidades admirables de los búlgaros, é invitando á la joven generación á que continúe la hermosa obra comenzada y se inspire en el patriotismo de las dos generaciones últimas que supieron apreciar la libertad y hacer fructificar los sacrificios de Rusia para la emancipación del país.

Con motivo de las fiestas del jubileo, se ha inaugurado en Sofía un magnífico monumento, que adjunto reproducimos, erigido á la memoria del tsar Alejandro III, á quien los búlgaros denominan con justicia su libertador. En efecto, gracias á la actitud hostil de Rusia hubo de abdicar en 1887 Alejandro de Battenberg y fué proclamado el mismo año el príncipe Fernando, actual soberano de Bulgaria.

La fotografía que al pie de esta página reproducimos representa á la familia reinante y á la corte en el solemne acto de la inauguración. Los personajes que se ven en el grupo del centro son, de derecha á izquierda, el gran duque Uladimiro Alexandrowitsch, hijo de Alejandro II, el príncipe Cirilo de Bulgaria, el príncipe Fernando, la gran duquesa María, esposa del gran duque Uladimiro, las princesas Eudoxia y Nadejda de Bulgaria, el príncipe heredero Boris de Bulgaria y M. Gudeff, primer ministro de Bulgaria.—R.



Sofía (Belgrado).—Fiestas del jubileo búlgaro. La familia del príncipe Fernando y la corte en el acto de la inauguración del monumento de Alejandro III. (De fotografía de Carlos Trampus.)

OFICIALES DEL EJÉRCITO CHINO EN EUROPA

En varias ocasiones nos hemos ocupado del movimiento que, de algún tiempo á esta parte, viene realizándose en China para incorporar aquella nación de tan inmenso territorio y de población tan numerosa á la civilización europea.

Las disposiciones por el gobierno adoptadas en este sentido responden al espíritu reinante en los elementos más sanos de aquel imperio, y el pueblo, en su gran mayoría, las acoge con entusiasmo, ayuda, con la acción poderosa de la opinión pública, á que las reformas decretadas se arraiguen pronto.

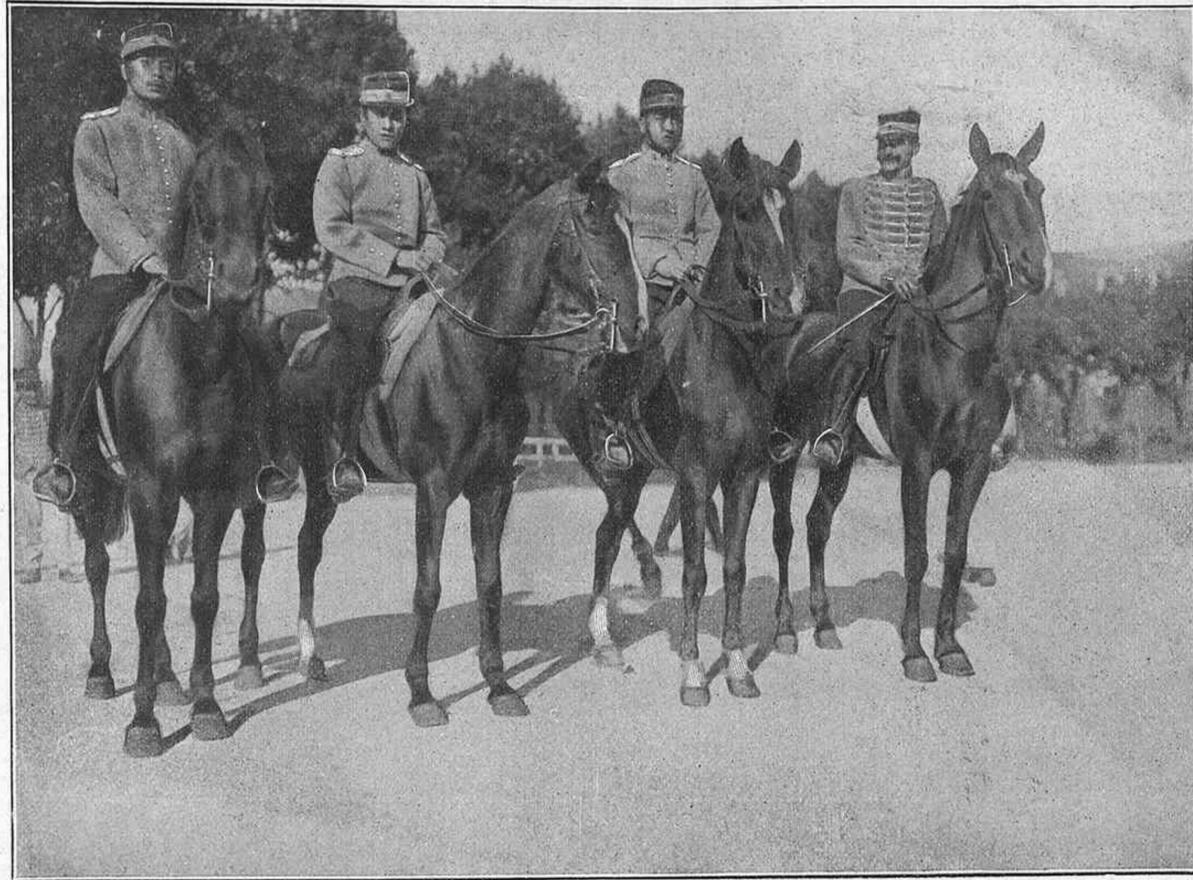
En donde más se deja sentir esa política reformista es sin duda alguna en el ejército. China no se contenta con llamar á expertos militares extranjeros para confiarles la dirección de sus escuelas de guerra y la instrucción de sus tropas, sino que además envía actualmente á los mejores alumnos de aquéllas á Europa para que perfeccionen su educación militar. Hace poco han llegado á Meaux tres alumnos que durante cinco meses estarán agregados como simples soldados al 4.º regimiento de húsares, viviendo é instruyéndose como simples soldados, para después ingresar en la escuela de Saint-Cyr hasta obtener el grado de oficiales.

Esos tres alumnos, cuyos retratos reproduce la fotografía adjunta, son: Lao Tsung, hijo de un general chino; Tang Tsai, hijo de un personaje ilustre de la corte, y Tseng-Kur-Yon, hijo de un gran comerciante.

Desde el día siguiente se efectúan ascensiones públicas que se ven muy concurridas.

El aeróstato, que ha sido construido por la casa Godard, de París, cubica 3.750 metros y va provisto de un globo interior lleno de aire para las compensaciones del gas. El cable mide 450 metros y va enrollado en un cabrestante de dos metros de diámetro, movido por un motor de 32 caballos de fuerza y provisto de dos frenos, uno de rueda y otro de sistema tranvía, que sirven para regularizar las ascensiones. La resistencia del cable está probada á 8.000 kilogramos y la fuerza ascensional, junto con los ascensionistas, no excede de 600, de aquí que esté perfectamente garantizada la seguridad del aparato.

El globo es de seda, y la barquilla, en la que caben quince personas, es de mimbre y madera barnizada, con gruesos aros de hierro, se cierra con llave y aldaba y está sujeta al aeróstato por gran número de cuerdas, dispuestas de tal modo que aunque se rompiese alguna, la estabilidad está asegurada en absoluto.—X.

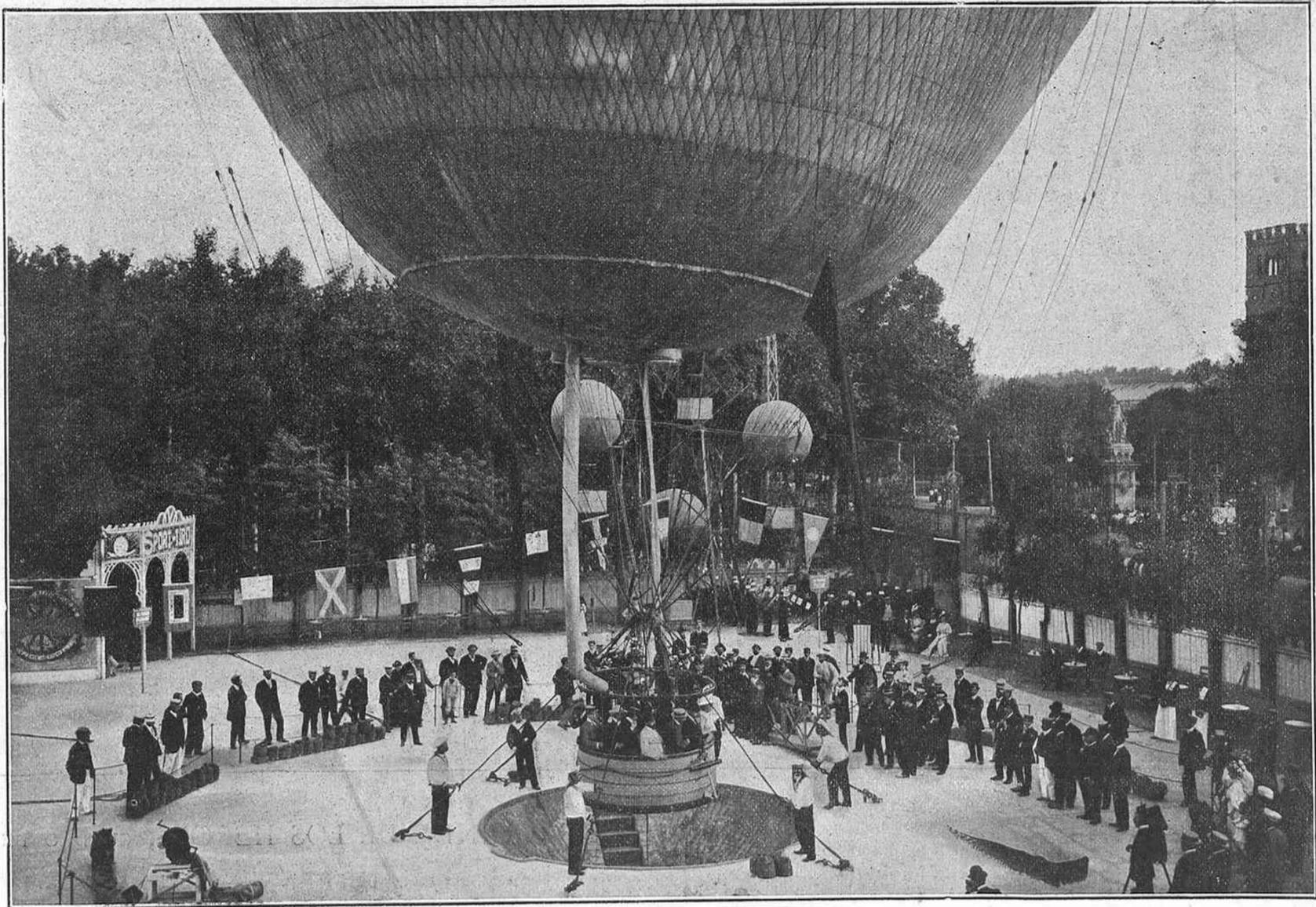


Los primeros alumnos de las escuelas militares chinas llegados á Europa para perfeccionar su educación militar: han sido agregados al 10.º regimiento de húsares franceses de guarnición en Meaux. (De fotografía de Felipe Hutin.)

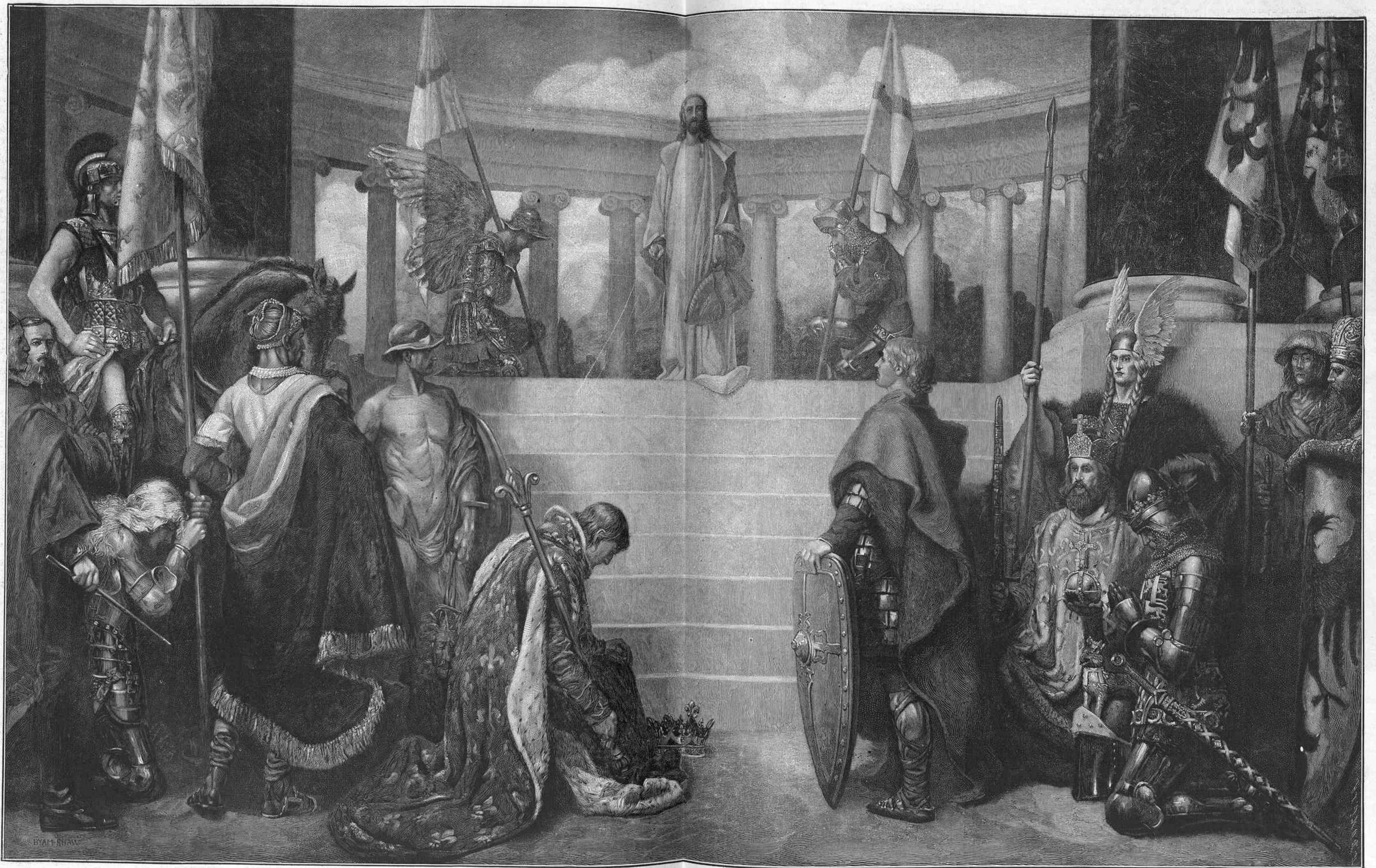
BARCELONA.—EL GLOBO CAUTIVO

En un solar situado en el Salón de San Juan se ha instalado un globo cautivo cuya inauguración oficial se efectuó el día 23 de los corrientes. Asistió al acto distinguida concurrencia, y después de haber

ido bendecido solemnemente el aeróstato, realizóse con el más satisfactorio resultado la primera ascensión, en la que figuraron el alcalde Sr. Sanllehy, algunos concejales, los propietarios del globo, el capitán de éste M. Laiz y su hija y varios periodistas.



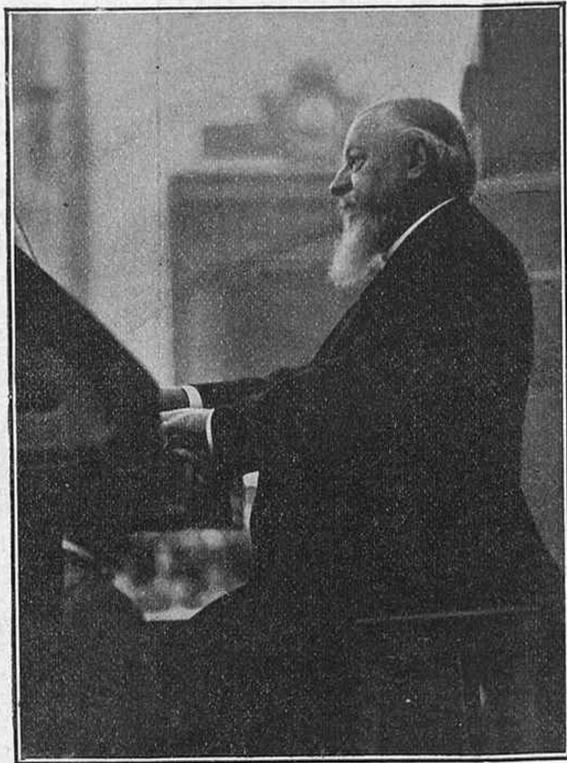
Barcelona.—Inauguración del globo cautivo instalado en esta ciudad. (De fotografía de A. Merletti.)



EL MÁS GRANDE DE LOS HÉROES, CUADRO DE B. SHAW, GRABADO POR BONG. (Copyright by Landecker & Brown, Londres.)

ACTUALIDADES BARCELONESAS

Visita de ingenieros franceses. — Invitados por algunos contratistas de obras del puerto, llegaron [hace pocos días varios



Barcelona.— El eminente organista M. Alejandro Guilmant en el Palacio de Bellas Artes

distintos, desde el más cómico *vaudeville* hasta la más alta tragedia clásica; desde la sencilla comedia de costumbres hasta las grandiosas concepciones shakespearianas; desde la obra del teatro italiano antiguo hasta las creaciones más complicadas del teatro escandinavo moderno. Y en todos los personajes que representa encarna del mismo modo maravilloso el carácter por el autor creado, dándonos, no una ficción, sino una realidad verdadera hondamente sentida y subyugando con su realismo de la mejor ley al público.

Al publicar hoy la adjunta fotografía enviamos una vez más al sin par Novelli nuestra salutación más sincera y nuestro aplauso más entusiasta.

M. Alejandro Guilmant. — El célebre organista francés, reconocido como uno de los primeros maestros en el manejo del con razón llamado rey de los instrumentos, ha dado dos magníficos conciertos en el Palacio de Bellas Artes, en los cuales ha justificado la fama universal de que goza. En los programas figuraban la *Tocatta y fuga en re menor* de Bach, una fuga de José Lidou sobre el himno *Sacris solennis*, una *Gavota* del P. Martini, la *Fanfare* de Lemmens, la *Quinta sonata* de Mendelssohn, el *Cuarto concierto* de Händel, el *Coro en la* de T. Salomé, y de su composición una *Marcha nupcial*, un *Coro alla Händel*, *Elevation*, *Capricho*, *Marcha fúnebre y canto seráfico* y la *Primera sinfonía*, estas dos últimas con orquesta. También tocó improvisaciones sobre dos temas populares catalanes, glosándolos magistralmente. Como ejecutante, hizo verdaderos prodigios, demostrando su absoluto dominio del

que en él se dijo, y al reproducir hoy su hermosísimo grupo *La oración*, nos limitaremos a señalar a la admiración de nuestros lectores esa obra, que es un portentoso de realismo y un prodigio de sentimiento.

La vida, cuadro de Héctor Tito. — ¡Cuán admirablemente responde esa composición al título que le ha dado el autor! Sí, todo en ella respira vida, las personas, el campo, el cielo, es decir, la naturaleza entera en sus varias manifestaciones, sin que baste a borrar ni a debilitar siquiera esta impresión, la figura del anciano que se aleja y que más bien contribuye a aumentarla por la fuerza del contraste. El celebrado artista italiano, de quien tantas obras hemos reproducido, ha demostrado una vez más que en el arte, la verdad y la poesía se hermanan perfectamente.

El más grande de los héroes, cuadro de Bynam Shaw. — A pesar de tratarse de una composición tan complicada, no es necesario describirla para comprender claramente el asunto que en ella ha tratado el notable pintor inglés. Esos guerreros, esos caudillos, esos emperadores, esos héroes de la mitología y de la historia, humillados ante ese otro héroe, el más grande de todos ellos, que conquistó un mundo predicando el amor y el sacrificio y sin derramar más sangre que la suya, constituyen una hermosa apología del cristianismo. La idea es bella y grandiosa; grandiosa y bella es también la forma en que el ar-

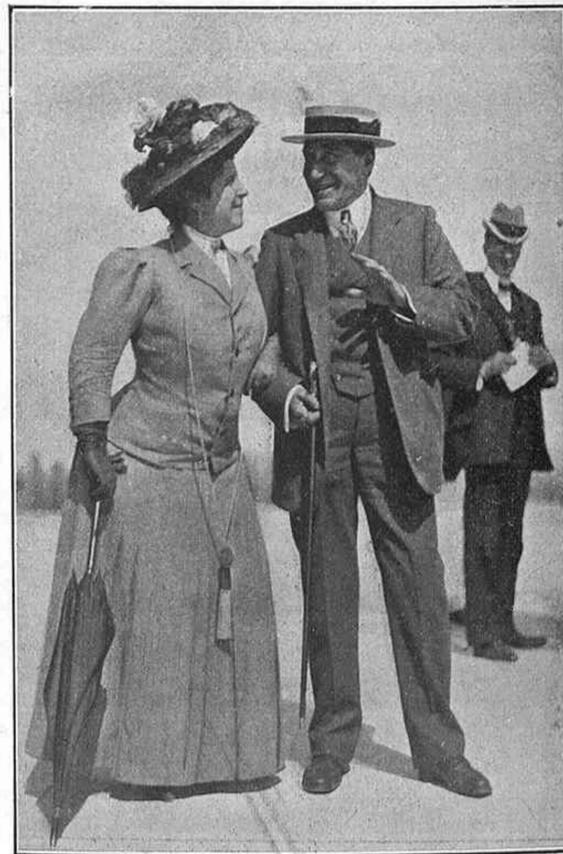


Vista exterior del edificio. Embarcadero de Viajeros.



Barcelona.— Banquete celebrado en el Embarcadero de Viajeros en honor de los ingenieros franceses que han venido a visitar las obras del puerto

tista ha sabido expresarla, dando a cada figura su valor propio, agrupándolas armónicamente, cuidando de los menores detalles é imprimiendo en el conjunto un carácter severo é imponente.



Barcelona.— El famoso actor italiano Sr. Novelli y su esposa en la plazoleta del Tibidabo

ingenieros franceses, acompañados algunos de ellos de sus señoras. El número total de los expedicionarios era de 108.

Reunieron éstos en la mañana del 20 en el edificio Embarcadero de Viajeros, en donde les esperaban representaciones de la Junta del Puerto, de la Asociación de Ingenieros de Caminos y de los contratistas, y desde allí, embarcados en dos vapores golondrinas, elegantemente adornados con banderas, follajes y flores, visitaron la dársena del dique flotante y las obras del dique del Este.

Terminada esta visita, regresaron al embarcadero, en donde se les obsequió con un espléndido banquete, que en su honor dieron los contratistas de las obras, y en el cual los señores Chergeraut, Valdés, Dardet, Rojo y otros pronunciaron elocuentes brindis por la unión y prosperidad de Francia y de España.

Al día siguiente los expedicionarios regresaron a su país, muy complacidos de las atenciones de que habían sido objeto y dejando en cuantos tuvieron ocasión de tratarles un recuerdo muy grato de su breve estancia en esta capital.

Ermette Novelli. — En el teatro de Eldorado renueva actualmente los laureles que en otras ocasiones ha conquistado entre nuestro público el famosísimo actor italiano Ermette Novelli. Ya nos hemos ocupado otras veces de tan eminente artista, y por consiguiente no hemos de insistir sobre sus méritos excepcionales; por otra parte, su fama universal hace innecesario todo elogio. Su repertorio es inmenso y abarca los géneros más

órgano; como compositor, todas sus obras se distinguen por su inspiración, por su carácter y por su factura, y en las de órgano y orquesta además por su perfecta instrumentación. La concurrencia numerosa y selecta que acudió al Palacio de Bellas Artes premió a M. Guilmant con ovaciones entusiastas y aplaudió calurosamente a la orquesta, que dirigió con sumo acierto el maestro Sr. Nicolau.

(Fotografías de A. Merletti.)

NUESTROS GRABADOS ARTÍSTICOS

(Véanse los de las páginas 633, 636, 640 y 641)

Retrato del emperador Carlos V, pintado por Tiziano. — Hallándose Carlos V en Augsburgo, en donde tenía su corte imperial, llamó a Tiziano para que le retratase. El retrato que entonces pintó el famoso artista italiano es el que nuestro grabado reproduce; en él el emperador viste traje y gorro negros y su figura de colores sombríos se destaca sobre el color encarnado del sillón, el amarillo del tapiz y el escarlata de la alfombra. Esta obra, reputada como obra maestra del inmortal pintor, se conserva en la Antigua Pinacoteca de Munich.

La oración, escultura de Guillermo Charlier. — En el número 1.211 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicóse un artículo sobre ese notable escultor belga. Nada hemos de añadir á lo

LE BOUQUET DE LA MARIEE Nouveau Parfum DE VIOLET



... tal vez lo habría pasado mal sin la intervención de los labriegos

LA REINA DEL PRADO

NOVELA INGLESA DE CARLOS GIBBON.—ILUSTRACIONES DE CALDERÉ

(CONTINUACIÓN)

Un momento después entró la sirvienta y entregó á Susana una tarjeta muy elegante en que se leía «Señorita Walton.»

—¿La conduciré á la sala?, preguntó la sirvienta.
—No; que entre aquí, contestó Susana.

A los pocos minutos entró la visitante, luciendo un magnífico vestido de seda y un sombrero adornado de cintas en que se combinaban todos los colores del arco iris. Habría sentado perfectamente en una niña de quince años; pero no en una mujer que pasaba de los treinta.

Al entrar, sin duda la ofendió el olor de carne y de berzas que allí se percibía, pues sacando un frasquito de su bolsillo, aplicó á la nariz al punto. La dama debió pensar que era un agravio recibirla en el comedor.

Susana se levantó y adelantóse para ofrecer la mano á su visitante.

—¡Señorita Walton!, exclamó, esto es una inesperada...

—Visita, es verdad, dijo la señorita Walton terminando la frase. ¡Oh! Déjese usted de cumplidos...

—No tengo por costumbre hacerlos, repuso Susana ofreciendo una silla á su visitante.

«¿Qué mujer tan vulgar!—pensó la de Walton.—¿Es posible que Tomás haya pensado en tomarla por esposa?»

—Estoy comiendo, como usted ve, dijo Susana. ¿Quiere usted acompañarme?

—No, gracias, aún llegaré á tiempo á casa para almorzar. Nosotros no vamos tan de prisa, añadió sonriendo con aire de superioridad, como para indicar que esta era la costumbre en las clases superiores de la sociedad.

—Sí, repuso Susana, supongo que no está de moda entre ustedes.

—Así es, hija mía. Seguramente usted no conoce las costumbres de la alta sociedad...

—No; solamente sé que en ella hay muchos tontos. La señorita Walton sintió el aguijón, mas no quiso darse por aludida.

—También hay muchos, repuso, que quieren salirse de su posición y elevarse; nosotros los compadecemos, porque la vanidad es cosa muy lamentable.

Susana siguió comiendo, sin contestar á esto último, sabiendo muy bien que se exponía á decir palabras injuriosas para su visitante; pero se preguntó cuál podía ser el objeto que conducía allí á la señorita Walton.

Esta última, tomando entonces cierto aire de familiaridad, como si estuviese en la mejor inteligencia con su interlocutora, buscó otro asunto para reanudar la conversación.

—Pensaba, dijo, que nos había usted olvidado...

—La verdad es que, sin la invitación que se me hizo, jamás habría pensado en visitar la casa.

—¡Oh! Es igual; por eso mismo pensé que sería lo mejor hacer á usted una visita para preguntarle si quedó satisfecha del día de campo.

—Por lo menos me encuentro ahora muy bien, contestó Susana, y generalmente siempre estoy lo mismo.

Parecía que la joven tenía empeño en hablar con toda la rudeza posible.

—Parece que hoy está usted algo exasperada ó de mal humor, dijo la señorita Walton, como le sucede á mi hermano con frecuencia. ¿Le ha visto usted últimamente?, añadió la dama aplicando de nuevo el frasquito á la nariz, después de quitarse el guante para que se vieran las sortijas que adornaban un dedo de la mano.

Susana no pudo reprimir una sonrisa burlona; había concluido de comer, y volviendo á su silla, colocóse de frente á la dama.

—¡Oh, sí!, contestó con indiferencia; hace poco le vi, pues viene muy á menudo á la granja. Es muy inteligente en caballos, pero nada sabe sobre la cría de ganados. Nosotros hacemos un gran tráfico con las vacas y cerdos. Supongo que usted tampoco es entendida en este negocio...

—No, hija mía, replicó la señorita Walton estreñeciéndose al pensar que su hermano pudiera convertirse en ganadero; nuestra familia, como usted comprenderá, no se ocupa de semejantes cosas.

—Es lástima, repuso Susana, porque ustedes podrían ganar mucho, y si yo estuviese en Walton no me dedicaría á otra cosa.

A pesar de su frasquito de esencia, la dama pali-

deció al pensar que su casa pudiera convertirse en ganadería.

—Lo creo, contestó; pero las personas de educación, hija mía, tienen otras ocupaciones más refinadas.

—Sí; ya lo sé.

Siguióse una pausa, sin que Susana tratase de reanudar la conversación, porque comprendía que la de Walton no había hablado aún del objeto de su visita.

—Mi hermano, dijo la dama al fin, habla siempre con admiración del acierto con que usted dirige los trabajos de la granja.

—Le agradezco el cumplido; pero ya sé que tiene por costumbre ser muy atento.

La señorita Walton comenzaba á impacientarse; pero aún pudo conservar su serenidad.

—Supongo que son ustedes muy amigos, añadió.

—Es claro, contestó Susana contrayendo sus lindos labios con expresión de asombro; si no fuese así, no vendría tan á menudo á la granja.

—Es cierto. ¿Me dispensará usted ahora una pregunta, que podrá parecerle impertinente, pero que para mí tiene mucha importancia?

—Pregunte usted todo cuanto guste.

—Lo haré así, mas espero que usted no se ofenderá. Yo quisiera saber si le ha hecho alguna proposición.

La dama esperó la respuesta con evidente ansiedad.

—¡Oh, sí, varias veces!, contestó Susana apoyando sus manos en las rodillas.

La señorita Walton apeló otra vez á su frasquito, mas no con la intención de ostentar sus sortijas.

—¿Y usted aceptó?... Dispénsese esta nueva pregunta.

—¡Oh, no!, aún no he tenido tiempo para pensar en el asunto.

—Pues bien, continuó la dama, como amiga sincera debo advertirla que los casamientos entre personas de distinta clase no resultan nunca felices, nunca.

—También lo he pensado yo así, replicó Susana con acento burlón. La pobre Anita Roulston, hija de un labrador, se casó con un fabricante de velas, y tuvo muy mala suerte, pues murió al poco tiempo,

sin duda por haber entrado á formar parte de una familia que no era de su clase.

La señorita Walton se sonrojó vivamente al oír estas palabras, pues recordáronla que su abuelo, el concejal Smith, había fabricado velas también antes de ocupar su cargo; pero muy pronto recobró la serenidad.

—Pues esa triste historia, dijo, puede servir á usted de ejemplo. Y advierta que la hablo como amiga; estoy segura de que nunca podría usted ser feliz en Walton, y quisiera que me prometiese una cosa...

—¿Qué es?

—Se reduce á que despida usted á mi hermano cuando vuelva aquí.

—¡Oh! Yo no puedo hacer eso, porque fuera una grosería imperdonable.

Al pronunciar estas palabras, Susana se puso en pie, dando á entender con esto bien claramente que daba por terminada la conversación. La dama, comprendiéndolo así, se levantó también.

—Repetiré, añadió, que he dado este paso, tanto en obsequio de usted como de Tomás, dijo la señorita Walton con marcada acritud, pues apenas podía contener ya su enojo.

—Es usted muy amable, replicó Susana; y le agradezco á usted que se interese tanto por mí, añadió abriendo la puerta de la habitación.

—Nuestra familia, continuó la de Walton, no consentiría nunca en semejante enlace.

—Siento mucho haber ofendido á la familia, replicó Susana.

La de Walton se precipitó fuera de la habitación, sin duda por temor de que estallase su cólera, pues aquella joven acababa de exasperarla.

Sin embargo, Susana se adelantó para abrir la verja, y hubiera abierto también la portezuela del coche, á no estar allí el lacayo.

Antes de que el vehículo se pusiera en marcha, la de Walton gritó por la ventanilla:

—No olvide usted, señorita Holt, que nuestra familia no consentirá nunca en semejante unión.

La joven hizo un ademán de despedida y volvió al comedor sonriendo, pues había divertido mucho la escena; pero muy pronto quedó pensativa y entregóse á sus reflexiones. La visita no era de su agrado, ni el objeto de ella tampoco. Sin duda Walton había dicho algo á sus hermanas, induciéndolas á creer que era correspondido. Esto no era verdad; mas en aquel momento casi hubiera querido haberse casado con Tomás para irritar á sus hermanas.

Este era un mal pensamiento, y lo desechó como un absurdo; mas no quería que nadie le impusiese su voluntad, ni dejarse gobernar por los otros; era independiente, y siempre obraría como mejor le pareciera, sin cuidarse de las opiniones ni de la conveniencia de los demás. De todos modos, el asunto la irritaba.

De pronto abrióse la puerta y Sara entró, pálida aún y con señales de lágrimas en sus ojos; se acercó á su prima y ésta la miró con afectuosa curiosidad.

—Vengo á rogarte, dijo Sara con voz temblorosa, que me dispenses mi mal humor de esta mañana, pues á pesar de mis esfuerzos, no pude dominarme.

—No hablemos más de eso, contestó Susana, porque yo lo he olvidado ya.

Al decir esto quiso abrazar á su prima.

—¡No!, exclamó la joven retrocediendo y cubriéndose el rostro con las manos.

—Pero ¿qué tienes? ¿Estás enferma? ¿Has sufrido algún disgusto? Ya sabes que á mí me puedes hablar con toda franqueza.

—Esto no es nada, contestó la joven acercándose otra vez; no hagas caso de mí.

—Bien, ya me dirás más tarde si te aqueja algún pesar...

—Eso no, interrumpió Sara; no lo sabrás nunca.

Y como para evitar que su prima preguntase de nuevo, añadió:

—Se me había olvidado decirte que esta mañana encontré á Tomás Walton y que me encargó anunciarte que vendría mañana para que vieras su caballo Jim.

—¡Otra vez Walton!, murmuró Susana con impaciencia; creo que al fin acabaré por odiar ese nombre á fuerza de oírlo repetir.

Y en su enojo, Susana no observó la expresión de ansiedad con que su prima la miraba al hablarla de su encuentro con Walton, para ver si en su rostro se manifestaba indiferencia ó alegría.

XII

UNA FAMILIA FELIZ

La entrada de Elisa Walton en su casa, de vuelta de su visita á la señorita Holt, produjo cierta sensa-

ción; Alicia y Carolina enmudecieron al observar la expresión de su hermana mayor, y la madre experimentó cierta inquietud. No ignoraban que Elisa había ido á la granja *para resolver cierta cuestión*, y sabían que era muy capaz de arreglar los asuntos de modo que la casa no se perjudicase.

La hermana mayor se apresuró á sentarse al entrar, ó más bien dejóse caer en una silla, como si estuviese muy cansada; Alicia la quitó el sombrero, y Carolina fué á buscar un vaso de agua, servicios que Elisa aceptó con el aire de un monarca que ve á los demás cumplir con su deber. Sin embargo, había mucha afectación en aquel momento en su proceder, pues siempre tenía el defecto de exagerar en todas sus cosas.

—¿Es verdad que has ido? ¿Qué ha pasado?, preguntó una de las hermanas.

—No puedo contestar á todo de una vez, dijo Elisa con dignidad; pero sabed por de pronto que Tomás ha solicitado la mano de esa joven.

—¡Oh!, exclamó Alicia, es necesario oponerse á todo trance; eso sería ruinoso para nosotras.

—¡Pobre de mí!, exclamó la señora Walton, que estaba sentada en el sofá abanicándose, con el rostro encendido, como si se hallase amenazada de un ataque apoplético. ¡Si mi padre el concejal Smith hubiera visto esto!

—Estoy segura, continuó Elisa, que ella no ha vacilado en aceptar, aunque me contestó que aún no había pensado en el asunto. ¡Cómo si no fuera nada para esa muñeca erigirse en dueña absoluta de la Abadía de Walton.

—¿Y sería posible, añadió la madre, que á mis años me viera expulsada de mi casa?

—¿Pero no has arreglado tú ya la cuestión, Elisa?, preguntaron las hermanas, que tenían mucha fe en la mayor.

—La he dicho mi opinión claramente, y creo que la intimidé, pues se mostró muy humilde antes de salir yo de la casa; pero no quiso prometer cosa alguna.

Dicho esto, la señorita Elisa refirió con todas las exageraciones que se le ocurrieron su conversación con Susana, pero desfigurándola de tal modo, que distaba mucho de ser la misma. Cuando hubo concluido, miró á sus hermanas y á su madre, esperando un aplauso que nadie le tributó.

—¿Pero qué haremos?, preguntaron todas á la vez.

—Esperar á Tomás, contestó Elisa, que aún no había pensado en ningún plan.

Y sin añadir palabra, subió á su cuarto para cambiar de traje antes de comer, dejando á sus hermanas muy inquietas por la calamidad que amenazaba á la familia. En cuanto á la madre, habíasela exagerado de tal modo los males que sobrevendrían en el caso que Tomás se casase, que comenzó á sollozar.

—¡Hijas mías, exclamó, todas tendremos que ir al hospicio!

Las jóvenes hicieron todo lo posible para consolarla, y se resolvió esperar al hermano, cuya conducta era tan reprehensible.

Pero Tomás debía tardar aún bastante. Después de examinar los caballos y de poner á prueba sus cualidades, pasó la tarde jugando al billar con el señor Montague, que aún se la echaba de muy capaz para tomar parte en todas las diversiones y ejercicios propios de los jóvenes. A decir verdad, no era viejo, pues no contaba más de cincuenta años, pero había pasado veinte de ellos en la India, y en este tiempo se gastó mucho su naturaleza. Para no vivir completamente aislado en su gran casa, frecuentábase con varios jóvenes, los cuales le visitaban más bien por ver sus caballos que por su sociedad.

El señor Montague se había aficionado á Tomás porque veía en este joven como un reflejo de lo que él había sido en otro tiempo; es decir, un hombre aficionado á caballos, siempre pagando deudas para contraer otras, siempre haciendo el amor á cuantas jóvenes eran de su agrado, y comprometido en algún enredo.

He aquí por qué Tomás iba á la Casa Isabel, morada del señor Montague, siendo raro el día que regresaba á su casa antes de las doce de la noche. Siempre encontraba á toda la familia durmiendo; entraba sin molestar á nadie, y encerrábase en su cuarto.

Por eso en la noche en que sus hermanas le esperaban, sorprendióle mucho ver aún luz en la sala y en el patio.

«¡Hola!, murmuró, ¿habrán tenido reunión sin avisarme á mí?»

Tomás entró silenciosamente, con la idea de sorprender á su familia; pero en toda la casa reinaba profundo silencio; escuchó un instante, y no pudiendo resistir más su curiosidad, abrió la puerta de la sala, deteniéndose en el umbral.

Su madre dormitaba en el sofá; Carolina leía una

novela, que debía interesarle mucho, pues no oyó á su hermano entrar; mientras que Elisa y Alicia parecían sumidas en honda meditación.

Al ver esto, Tomás soltó una ruidosa carcajada, que sobresaltó á su madre.

—¿Qué es eso?, exclamó la señora Walton, sin saber al pronto dónde estaba.

—Soy yo, madre, dijo Tomás. ¿Qué hacen ustedes sin acostarse á estas horas? ¿Han venido ladrones, ó temen acaso su llegada?

—¿Estás sereno?, preguntó la hermana mayor.

—No lo sé; pero no he conocido ningún hombre que dijera nunca que no lo estaba.

—En tal caso, repuso Elisa, sin hacer aprecio de esta contestación, permíteme decirte que en la casa hay, en efecto, un ladrón..., un hombre que quiere robar á su madre y á sus hermanas el hogar doméstico, dejándolas abandonadas en el mundo sin recursos ni protección.

—¿Qué grosera eres!, exclamó Tomás, cogiendo una silla y sentándose junto á su madre, que comenzaba á llorar.

—¡El grosero eres tú, Tomás Walton!, replicó la hermana mayor.

—¡Oh! Elisa, no hables de ese modo, dijo la madre.

—No haga usted caso, repuso Tomás; no en balde la llaman sus hermanas el ángel de la guarda, y veo que ahora se confirma el apodo, lo cual me divierte mucho... ¡Vamos, Elisa, da principio á tu sermón y nos reiremos un poco!

La hermana mayor sabía mantenerse firme con todos menos con Tomás, y se limitó á decir:

—No solamente nos insultas, sino que demuestras no tener corazón.

—Mal principio es ese para un discurso, repuso Tomás.

—Sigúese una pausa, y comprendiendo Elisa que iba á perder su dignidad, hizo un esfuerzo para conservarla.

—No es esa la manera, dijo, de hablar de un asunto que tiene la mayor importancia para todas nosotras.

—Sí, añadió la madre, sollozando de nuevo, nos obligarás á refugiarnos en el hospicio.

—Pues no se está del todo mal allí, replicó Tomás. El día de Navidad visité el establecimiento, y os aseguro que todos comían muy bien; pero vamos, Elisa, concretémos la cuestión, y sepa yo de qué se trata.

—¿Por qué propusiste á esa..., á esa joven de la granja?

—¡Ah! ¿Es ese el punto de la cuestión? Muy bien, pues propuse porque la joven me agrada.

—¿Y piensas tomarla por esposa?

—Si ella me acepta, con mucho gusto.

—¿Y osas decirnoslo cara á cara?

—Si te parece mejor, lo diré donde no podáis oírlo.

—¿No podrás tener formalidad un momento?, dijo Elisa con acento de enojo. Ya sabes que tu renta, ó mejor dicho la *nuestra*, no es suficiente para que sostengas mujer y familia, cuidando también de nosotras, como es tu deber. ¿Qué sería de tu padre madre y de tus hermanas?

—No había pensado en eso, contestó el joven con aire reflexivo; pero como si le ocurriese de pronto una feliz idea, añadió:

—Yo me cuidaré de mi madre, y vosotras podréis casaros. Estad seguras de que no lo llevaré á mal.

Parecía imposible inducir á Tomás á considerar la cuestión desde otro punto de vista, y la hermana mayor juzgó que era inútil persistir.

Carolina comenzó á sollozar también, y quiso abrazar á su hermano; mas aunque era su favorita, éste la rechazó con impaciencia.

—Todo esto es una necedad, dijo; habláis del asunto como si estuviera arreglado, y por ahora no hay nada de esto. Tal vez al fin se cumplirá vuestro deseo y no el mío.

—Mas valdría así, dijo Elisa, porque esa joven no merece formar parte de nuestra familia.

—Si tuvieses tú su belleza y su fortuna, seguramente te crearías con derecho para ser admitida en la mejor, replicó Tomás; y ahora, pongamos término á la cuestión, porque estoy cansado y necesito dormir. Buenas noches, madre; hasta mañana, muchachas.

Y el joven salió de la habitación, dejando á su familia libre campo para discutir.

XIII

DOS INTRUSOS

Miguel era hombre de paciencia cuando se proponía un fin, aunque se tratase del amor de una mujer, y sobre todo muy observador; sabía esperar con calma las oportunidades, pero no se esforzaba nunca para buscarlas. Conocía perfectamente el carácter de

Susana, y sabía muy bien que era suficiente tratar de inducirle a tomar una determinación para que ella pensara hacer lo contrario. A pesar de su propósito de ser independiente, Miguel vió que la joven comenzaba a solicitar otra vez sus consejos, y esto le infundía muchas esperanzas de que se restableciese entre ellos la buena inteligencia.

Por eso no le sorprendió mucho recibir un mensaje de Susana invitándole a presentarse lo antes posible; y creyendo que se trataría de algo de la granja, se puso en camino sin perder momento. Al llegar vió la joven que se paseaba delante de la puerta, y dos labradores que, provistos de sus horquillas, parecían guardar la entrada.

—Me alegro que haya usted venido tan pronto, Miguel, dijo Susana, sin darle tiempo de abrir la boca, pues se han introducido en el pajar dos mendigos, que más bien parecen dos gitanos, y están fumando tranquilamente en sus pipas. Les he dicho que dejen de fumar, o que se vayan, y se han reído de mí.

—Y la señorita no nos permite expulsarlos, dijeron los hombres que tenían las horquillas.

—No quiero lucha, si se puede evitar, añadió Susana. Cuando le vean a usted, Miguel, sabrán que no estamos sin protección, y es probable que se vayan tranquilamente. Délos usted estas dos pesetas, y así podrán alojarse en alguna casa del pueblo.

—Mas fácil será que se gasten el dinero en vino, y que vuelvan después con peores disposiciones, repuso Miguel.

Pero Susana insistió en que era lo más acertado hacer como ella decía, y el joven hubo de resignarse.

—Si obedecen, replicó, les daré el dinero, pero de lo contrario, no recibirán un cuarto.

Sin hablar más, Miguel se dirigió al pajar, seguido de Susana y de los dos hombres, padre é hijo, ambos robustos y vigorosos. El pajar se comunicaba con el establo y la lechería, que estaba llena de heno; de modo que si se hubiese incendiado aquél, muy pronto habrían quedado destruidas todas las dependencias; y por eso importaba mucho tener el mayor cuidado. Susana había permitido con frecuencia a los pordioseros pasar la noche en el pajar, mediante la condición de que no fumaran; pero los dos que se habían albergado allí ahora, prescindiendo de la prohibición, encendían fósforos a cada instante y podían ocasionar un incendio.

Aunque eran cerca de las ocho de la noche, aún había bastante luz diurna. Miguel abrió la puerta del pajar, y vió cómodamente echados en el heno dos hombres, dos bribones sin duda, cuyo aspecto solo hubiera bastado para infundir pavor. Con sus caras ennegrecidas por la suciedad, su cabello enmarañado y su ropa andrajosa, más bien parecían ladrones que mendigos.

Cuando vieron que un hombre abría la puerta, hicieron un rápido movimiento para ocultar las pipas; pero Miguel lo vió.

—Vamos, dijo entrando en el pajar, salgan ustedes de aquí inmediatamente.

—¡Oh!, replicó uno, no se nos puede negar este refugio para pasar una sola noche, y apenas amanezca nos iremos.

—Después de lo que hemos visto, no puede ser, y por lo tanto, salgan ustedes de aquí al punto, y cuanto antes, mejor será.

El hombre se levantó murmurando, recogió una olla y una cafetera que tenía junto a sí, y después de sujetarlas con una correa, salió sin oponer más resistencia; mas el otro, en vez de seguir el ejemplo, continuó fumando en su pipa y se cruzó de brazos.

—Dos minutos le doy de tiempo para salir de aquí, díjole Miguel; salga usted de buen grado, ó si no, lo hará por fuerza.

—Ya es tarde para buscar otro alojamiento, contestó el hombre, y de consiguiente, mejor será dejarme aquí.

Sin contestar palabra, Miguel cogió al hombre por debajo de los brazos y arrojóle al otro lado de la puerta, donde cayó de rodillas, rompiéndosele la

pipa que aún tenía en la boca. Pero al momento se puso en pie y precipitóse furioso contra Miguel, que tal vez lo habría pasado mal sin la intervención de los labriegos de las horquillas; éstos le cogieron cada cual por un brazo y sujetáronle a pesar de sus vigorosos esfuerzos.

—Si no está usted quieto, díjole Miguel, le ataremos hasta que venga el inspector de policía.

Y volviéndose hacia Susana, que estaba pálida, aunque serena, aconsejóla que entrara en la casa.

Miguel; sin duda tratarán de hacernos alguna jugareta de mal género.

—También lo temo así, replicó Susana, que parecía presa de cierta agitación nerviosa. Me parece, Miguel, que sería mejor que se quedara aquí esta noche, si no tiene inconveniente en ello.

—Precisamente pensaba lo mismo, dijo Miguel. Yo me quedaré en la sala baja con los dos hombres.

—Esto bastará, repuso Susana; mas por el pronto, vamos a dar una vuelta por la granja para ver si todo está en orden.

Miguel envió un recado a su padre anunciándole que se quedaría en la granja aquella noche, asegurándose de que las puertas se habían cerrado, guardóse las llaves y después fué con Susana a recorrer el huerto para ver si habría por allí algún otro intruso.

Comenzaba a cerrar la noche; todo estaba en calma, y solamente de vez en cuando oíase el grito de algún ave nocturna.

Como sometidos a la influencia de aquella serena y tibia atmósfera, Susana y Miguel iban uno junto a otro, ella pensando en el incidente que acababa de ocurrir, y él preguntándose si su compañera pensaría otorgarle de nuevo su favor. Parecíale que en la última media hora había conquistado en parte su corazón, y que estaba más cerca que nunca de obtener la recompensa de su cariño.

—Quisiera ir siempre con usted así, dijo a Susana.

—Pues yo no, contestó la joven, porque el relente podría ocasionarnos algún reumatismo.

Acababan de llegar a la orilla del estanque, y Susana, apartando que contaba los patos, miró al soslayo a su compañero. Miguel estaba pensativo; por una parte dudaba que la joven le aceptara por esposo, y por otra creía ser correspondido. De pronto cogió su mano, sin que Susana opusiese resistencia, y díjole con gravedad:

—Hacé ya mucho tiempo que espero...

—¿Qué espera usted?

—Su mano de esposa; inútil me parecé decirlo.

—No apesure usted así las cosas, contestó Susana, porque ese es asunto que me da mucho que pensar, y no acabo nunca de resolverme. Unas veces tengo el sí en los labios, y cinco minutos después cambio de modo de pensar... ¡Ah! Voy a ver si está

cerrada la puertecilla de escape.

Aquella era la primera vez que Susana había hablado con formalidad sobre el casamiento, y siempre era algo; pero Miguel creyó que Tomás Walton debía ser la causa de aquellas vacilaciones de la joven.

Cuando hubieron concluido de dar la vuelta por la granja, los dos jóvenes volvieron al comedor para cenar. Sara sirvió la mesa, apresurándose más que de costumbre, y apenas se levantaron los manteles, retiróse a su cuarto, seguida muy pronto de Susana; mientras que Miguel se fué a la sala baja con los dos labriegos; allí se habían tendido unos colchones para que descansasen; pero Miguel prefirió permanecer sentado en el sofá.

Todas estas precauciones, sin embargo, eran inútiles, porque los tres mendigos, comprendiendo muy bien que habría vigilancia en la casa aquella noche, no hacían ánimo de volver; de modo que nadie interrumpió la tranquilidad de la granja.

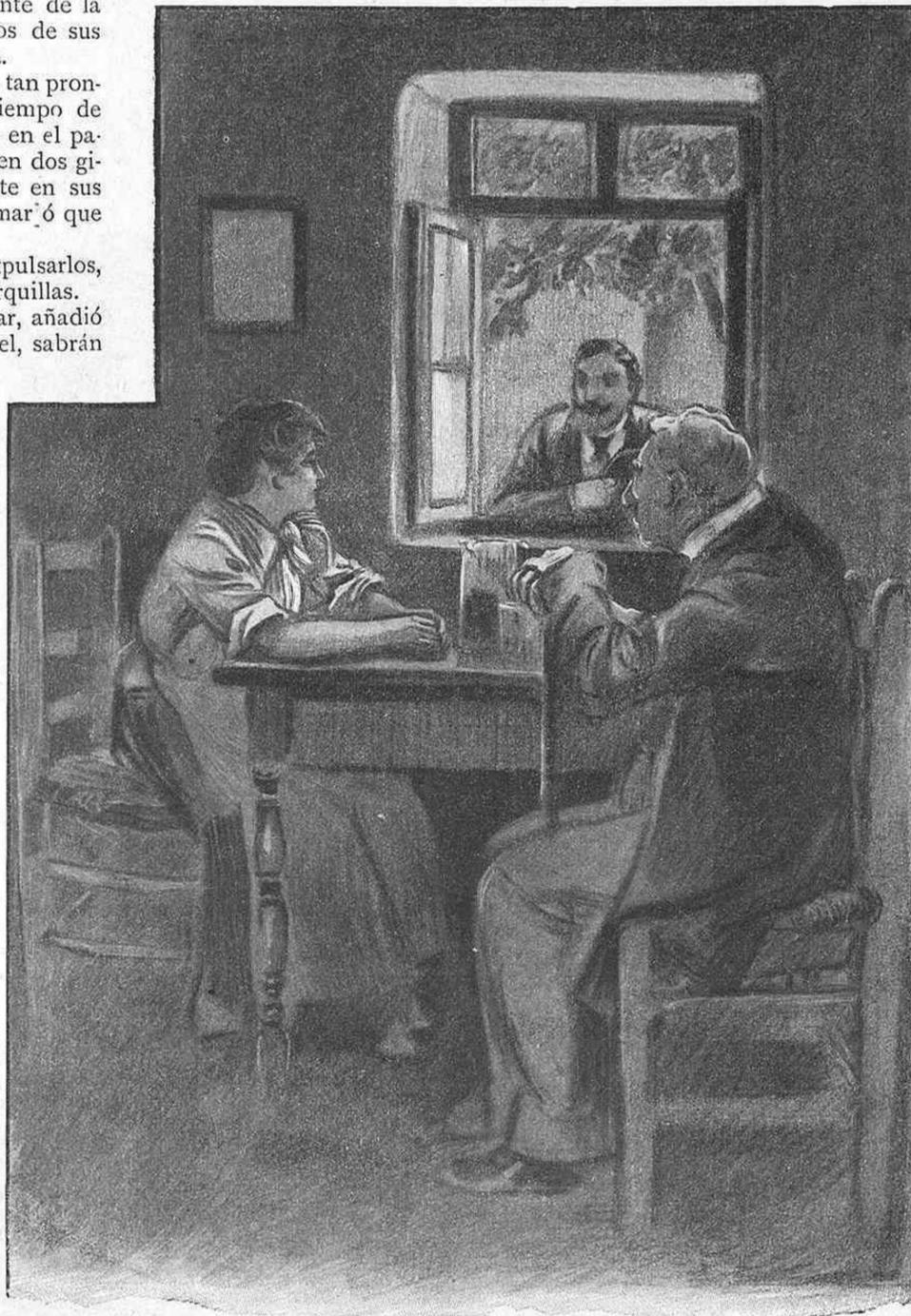
XIV

ASUNTO ENOJOSO

Después de almorzar, Miguel volvió a su casa de Marshtead, donde encontró a su padre paseando por el campo, ó mejor dicho, ocupado en arrancar cardos con un palo puntiagudo.

—¿Habéis cogido a esos bribones?, gritó Job al ver a su hijo.

(Se continuará.)



Ruego a usted me dispense, señorita Holt

—Prefiero quedarme aquí hasta que esos hombres se vayan.

—¿Dónde habrá una cuerda?, preguntó Miguel al ver que el prisionero seguía forcejeando; lo mejor será atar a ese bribón hasta que venga un agente.

—Mire usted, señor, dijo el hombre, si me dejan libre, me marcharé de buen grado.

Miguel mandó que lo soltaran.

—Está bien, dijo el mendigo; pero ahora, haga usted el favor de darme la moneda de que antes habló la señorita, porque si no, voy a pasar la noche a la intemperie.

—No recibirá usted un cuarto; así castigaremos su resistencia.

—Está muy bien, repuso el hombre; ya nos encontraremos en alguna otra ocasión.

Estas palabras fueron pronunciadas en tono de amenaza, y de repente, Susana y Miguel vieron salir por detrás del pajar una mujer alta, de fornidas formas, tan andrajosa como sus dos compañeros, y cubierta la cabeza con un sombrero de paja muy mugriento.

—Tal vez llegue día en que os veais también arrojados de un pajar, dijo a Susana y Miguel pasando delante de ellos y siguiendo después a los dos hombres.

Cuando los tres hubieron llegado al camino, detuviéronse un momento para observar la casa, como si tratasen de reconocer bien su posición, y después se perdieron de vista.

—No hemos concluido aún con esa gente, dijo

UNA COLONIA ALEMANA EN EL AFRICA ORIENTAL

Hasta hace muy poco tiempo no tuvo Alemania colonias, pues si bien anualmente muchos millares de alemanes cruzaban los mares dirigiéndose á lejanas tierras, la situación política no era á propósito para fomentar la colonización propiamente dicha, y los gobiernos se limitaban á proporcionar á los emigrantes el apoyo y el amparo público y privado. Existían además de antiguo asociaciones de emigración y sociedades colonizadoras que no se concretaban á auxiliar á los emigrantes individualmente, sino que se proponían fines de colonización, y para ello procuraban encaminar la corriente emigradora hacia determinados territorios.

Pero estas asociaciones, de las cuales la más importante fué la de Francfort, fundada en el siglo xvii, y de las que en la actualidad sólo subsiste la creada en Hamburgo en 1849 para la emigración al Sur del Brasil, tenían un carácter filantrópico, que no es el de la colonización propiamente dicha, para la cual se requiere inteligencia, energía y capital. Debido en parte á esto y en parte á que detrás de tales asociaciones no había una potencia política, la acción de las mismas fué poco menos que infructuosa.

Este estado de cosas se modificó esencialmente cuando, después de la guerra franco-alemana de 1870-71, Alemania sintió la necesidad de expandir su poderío hacia el exterior; entonces todos los esfuerzos se encaminaron á dirigir la inteligencia y el capital de los emigrantes hacia aquellos territorios en donde podían prestar buenos servicios á la madre

patria, y las colonias alemanas, aunque no anexionadas políticamente á Alemania, fueron núcleos con vida propia que conservaron sus cualidades naciona-

lin. El objeto de esta asociación era difundir en todas las clases sociales el convencimiento de la necesidad de aplicar el trabajo nacional á la colonización, crear un centro que concentrase todos los esfuerzos que á ese fin se hicieran y preparar una solución práctica á las cuestiones coloniales y á todas las relacionadas con la emigración alemana.

Para dar forma práctica á los proyectos colonizadores, fundóse en Berlín, en 1884, la Sociedad de Colonización Alemana, cuyos fines eran fundar colonias alemanas nacionales, apoyar todas las empresas colonizadoras, especialmente en el Africa oriental, encaminar la emigración alemana hacia determinados territorios y fomentar los intereses nacionales alemanes.

Esas dos sociedades se fusionaron en 1887, constituyendo la Sociedad Colonial Alemana, con residencia en Berlín.

La primera manifestación oficial del propósito de Alemania de ser potencia colonizadora, fué la declaración del canciller de 24 de abril de 1884, anunciando que el gobierno tomaba bajo su protección las adquisiciones de territorios que en 1833 realizara en el Sudoeste de Africa el

comerciante de Bremen Adolfo Luderitz. En el mismo año proclamóse el protectorado de las factorías mercantiles de los comerciantes alemanes de Hamburgo, en Kamerún y Togo.

De todos los territorios coloniales alemanes el más importante es sin duda alguna el del Africa oriental. En 1887, los caudillos de aquellas regiones las cedie-



Una de las varias escuelas fundadas por los alemanes en el Africa oriental para los niños y adultos indígenas

les y constituyeron una base segura para el tráfico permanente con la madre patria.

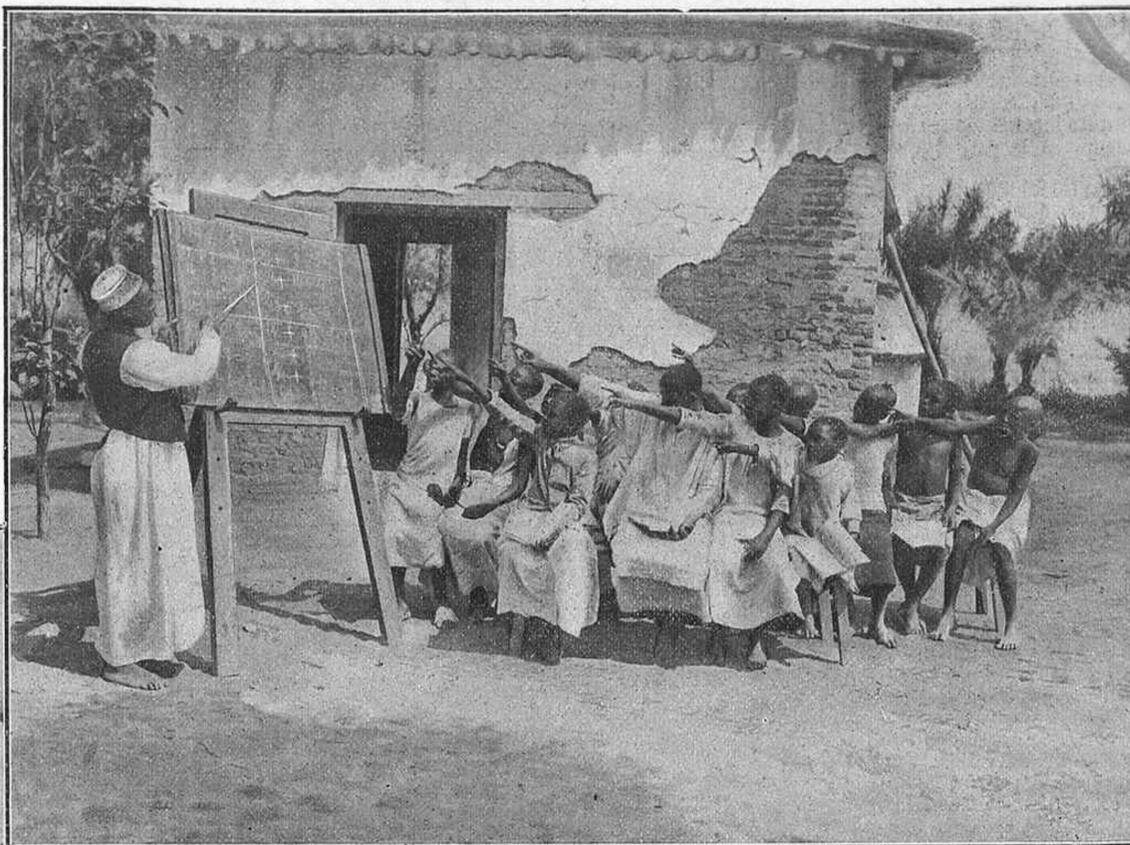
En un principio, las factorías y colonias habían de tener un carácter privado y de estar puestas bajo el protectorado alemán, y á este orden de ideas respondió la Asociación Colonial Alemana, fundada en Francfort en 1882 y que tiene su domicilio en Ber-



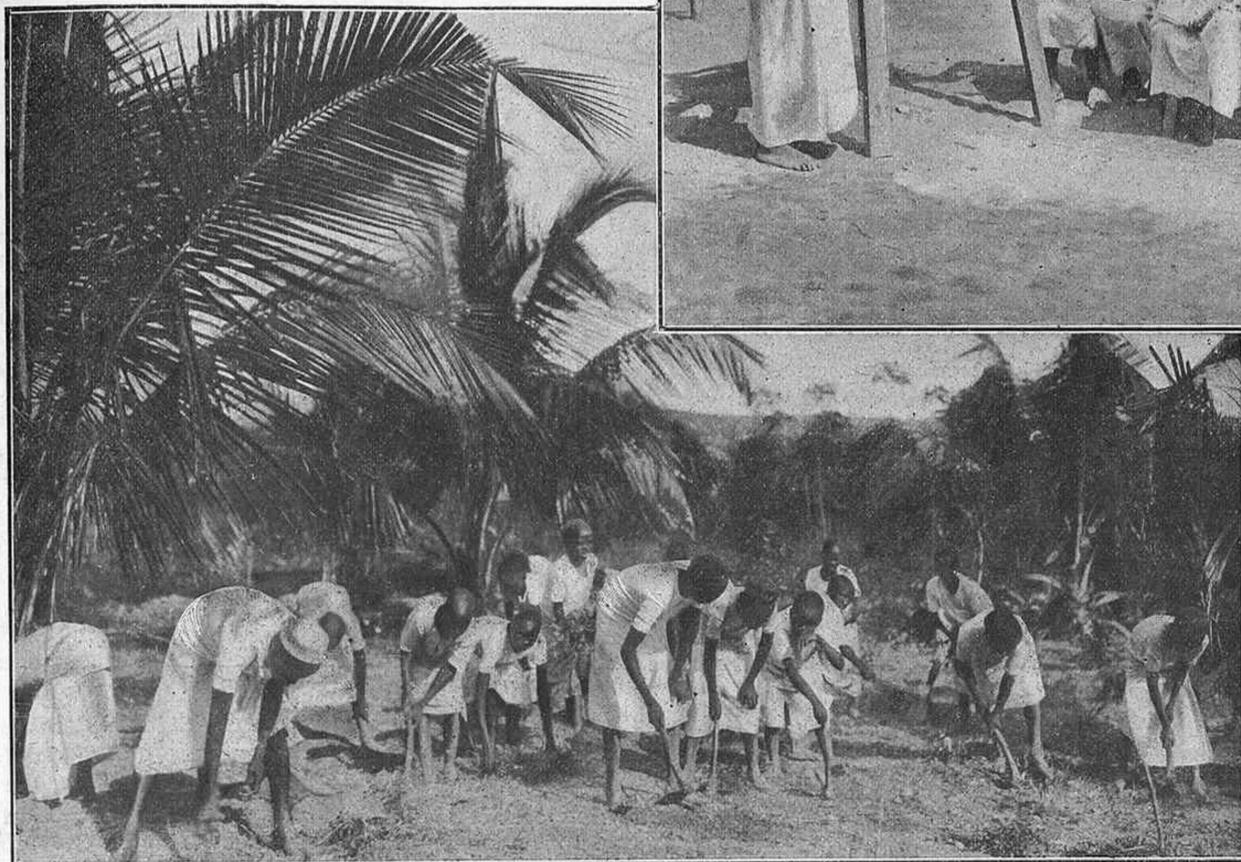
Ejercicios gimnásticos que ejecutan al aire libre los niños indígenas

ron á los representantes de la Sociedad Alemana del Este de Africa, la cual fundó varias factorías en la costa de los somalís. El sultán de Zanzíbar no quiso reconocer en 1885 la carta de protección que á la sociedad otorgó el gobierno alemán y comenzó á hostilizar las estaciones alemanas; pero una manifestación naval le obligó á reconocer plenamente aquel protectorado y á ceder á los alemanes los puertos de Dar es Salam y Pangani. En 1886 firmáronse convenios con Inglaterra y Portugal para la delimitación de las fronteras y de las respectivas esferas de acción, y en 1890 un tratado definitivo con Inglaterra, concertado después de largas luchas de los alemanes con los árabes, dejó definitivamente determinado el territorio alemán en el Africa oriental.

Ocupa éste una superficie de 941.100 kilómetros cuadrados y tiene cerca de siete millones de habitantes; se extiende desde la costa del Océano Indio hasta los confines del Estado libre del Congo y desde la



La escuela al aire libre.—La clase de aritmética



Enseñanza práctica de agricultura.—El trabajo de los indígenas en el campo

ñanza, teniendo en cuenta que la influencia que mediante ésta se conquista, aun cuando se alcance más lentamente, resulta más firme y más duradera.

Actualmente hay establecidas en aquel territorio más de trescientas escuelas para niños de ambos sexos y para adultos, al frente de las cuales hay profesores enviados por el gobierno alemán. La instrucción que en ellas se da comprende, no sólo las asignaturas elementales que poco á poco van conquistando la inteligencia de aquellos indígenas á la civilización, sino que además abarca los ejercicios corporales y los trabajos manuales y agrícolas.

Gracias á esto y á las felices disposiciones intelectuales de aquellos negros, ha podido ponerse en explotación una extensión inmensa de terreno, antes enteramente improductiva y hoy fértil y rica.

También se han organizado varios regimientos de tiradores negros, á semejanza de los senegaleses que forman parte del ejército francés colonial.

En una palabra, el territorio alemán del Este africano ha llegado á ser una colonia modelo llamada á un hermoso porvenir, tanto más si se confirman las fundadas esperanzas de encontrar yacimientos de oro y de hulla.—T.

colonia portuguesa de Mozambique hasta las posesiones inglesas del Este africano. En él se alzan, entre otras importantes montañas, la famosa de Kilimandcharo (6.010 metros) y la de Meru (4.460); y á él corresponde una parte de los lagos de Victoria Nyansa, Tanganika, Kiwu y Nyassa. El clima, la fauna y la flora son las propias de los países tropicales.

La población se compone principalmente de las

antiguas tribus bantúes, sedentarias y dedicadas á la agricultura, entre las cuales se han establecido los nuevos conquistadores.

La administración está perfectamente organizada, y el gobierno alemán, sin perder de vista que la fuerza militar es uno de los elementos indispensables para conservar colonias del carácter de esa del Africa oriental, ha atendido muy preferentemente á la ense-

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
GATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITA PARCIALMENTE POR VEINTIDÓS PROFESORES ALEMANES
BAJO LA DIRECCIÓN DEL SABIO HISTORIÓGRAFO GUILLERMO ONCKEN
Consta de 16 tomos con grabados intercalados y una numerosa colección de láminas cromolitografiadas, mapas, planos, facsímiles, etc.
Se vende á 320 pesetas el ejemplar ricamente encuadernado con tapas alegóricas, pagadas en doce plazos mensuales. — MONTANER Y SIMÓN, EDITORES.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Dentición JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^s St-Denis, París,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias vacuadas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.

Montaner y Simón, editores. — Calle de Aragón, núms. 309-311. Barcelona

EL INSTITUTO DE LA GARGANTA DE OLEN

A la lista de los observatorios instalados á grandes alturas, habrá de añadirse en lo sucesivo la de los laboratorios científicos, que ha comenzado el Instituto inaugurado recientemente en la garganta de Olen, á 3.000 metros de altura, al Sur del monte Rosa, entre los vales italianos de Gressoney y de Alagna (Val Sesia). Ese establecimiento es debido á la iniciativa del profesor Angel Mosso, de Turín, que será presidente del mismo, y su objeto es ampliar el campo de las investigaciones alpinas científicas y hacerlas menos difíciles; ha sido construído merced á las liberalidades de la reina madre y del rey de Italia y de los señores Solvay, Mond, de Vecchi, Pirelli y Angeli, y á las subscripciones de varios ministros italianos, del Club Alpino italiano y de los gobiernos de Francia, Alemania, Austria Hungría, Suiza y Estados Unidos. El total de lo recaudado ascendió á 117.504 francos.

El Instituto de la garganta de Olen, que así se denomina, comprende varios laboratorios adaptados á las investigaciones de botánica, bacteriología, zoología, fisiología, física terrestre y meteorología, y contiene una cámara para alojamiento y una mesa para estudios en los laboratorios, destinadas á los gobiernos y á las instituciones que se subscribieron por más de 5.000 francos.

Dos puestos de estudio han sido tomados por los gobiernos de Francia, Alemania, Austria Hungría y Suiza y uno por la Academia de Ciencias de Washington, en unión de la *Elizabeth Thompson Science Found.* El Sr. Solvay ha cedido sus dos puestos á la Universidad libre de Bruselas; el Sr. Mond, á la Real Sociedad de Londres, y el doctor P. De Vecchi á la fa-

cultad de Medicina de Turín; la residencia central del Club Alpino Italiano y la sección de Milán del mismo han suscrito uno cada una.

El Instituto posee 100.000 metros cuadrados de terreno cerca del lago de Olen. Las obras comenzaron en 1.º de julio

el comedor, la cocina, un taller y almacén para los instrumentos y cristales, y varias otras piezas.

El primer piso comprende la biblioteca y quince dormitorios. El segundo está destinado á los estudios de meteorología y física terrestre. Un pabellón de madera, situado á un lado, sirve para alojamiento del personal de servicio.

Cada inscrito dispondrá gratis de un cuarto amueblado y de un puesto en los laboratorios y podrá utilizar los locales y medios de estudio del Instituto, la biblioteca y el comedor.

Los que quieran dedicarse á investigaciones de histología habrán de llevar los microscopios y, en general, todos los instrumentos especiales que no son de uso común. De todos modos, bueno será informarse con el director del Instituto, doctor Aggazzotti, en Turín, acerca de los instrumentos dispensables para las diversas investigaciones.

Para los gastos de alumbrado, ropa de cama, gas del laboratorio y servicio general, se ha fijado provisionalmente una cuota diaria de dos francos. Para la calefacción, el gasto será á prorrata del consumo.

Todas las demandas para ocupar un puesto en los laboratorios del Instituto habrán de dirigirse al profesor A. Mosso (Corso Raffaello, 30, Turín) indicando el ob-

jecto de las investigaciones proyectadas, la fecha propuesta y los instrumentos que se necesitan; á toda petición habrá de acompañar la aprobación del Instituto ó del gobierno titular del puesto.

Los laboratorios del monte Rosa forman, pues, una estación internacional de investigaciones científicas, perfectamente organizada y llamada seguramente á prestar los más útiles servicios.

E. A. MARTEL.



El Instituto de la garganta de Olen (3.000 metros.)

de 1905 y el edificio, terminado ya, consta de un cuerpo principal, que mide 26 metros de frente, y de dos cuerpos salientes, de 15 metros de lado; tiene tres pisos y su altura total es de más de 10 metros.

En la planta baja, entre los dos cuerpos salientes, ocupados por los laboratorios de fisiología y de bacteriología, hay una azotea, debajo de la cual están los almacenes. Los dos laboratorios tienen 7'60 metros de largo por 3'30 de ancho. En la parte posterior están los laboratorios de botánica y zoología,

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros, la Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
HEMOSTÁTICA
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

PILULE de BLANCARD
ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.
EXIGIR LA SIGNATURE
al IODURO de HIERRO INALTERABLE
APROBADAS por la Academia de MEDICINA
DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES
Depósito: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL ANIOL DE LOS JORET HONOLLE
CURA LOS DOLORS, REÍARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
Casa CANDES
8^a St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE, DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN